



*Don Luis Guanella*



*Vamos al Padre*



Buenos Aires  
2006



## Al lector

---

Aquí tienes una invitación segura: ¡Vamos al Padre!

A ello te exhorto vivamente a través de catorce breves capítulos, a partir de la explicación de las siete peticiones del Padre Nuestro. Ven: nos entretendremos con fidelidad de amigo y afecto de hermano. Conversaremos, como suelen hacer los confidentes, con la claridad del ejemplo y la fuerza de la parábola. Al hablar así, seguiremos el consejo del filósofo humano y al mismo tiempo imitaremos el ejemplo de Jesucristo, Maestro Divino, que siempre comenzaba sus mensajes a la muchedumbre con parábolas y los proseguía con ejemplos.

Al final de cada capítulo, no nos despediremos sin recapitular con breves palabras lo que hayamos tratado más ampliamente.

Esta invitación, ¡Vamos al Padre!, te la brindo a ti, jefe de familia, y a todos los tuyos. Te la ofrezco a ti, maestro, y se le ofrece al mismo sacerdote, para que a todos les ayude a apresurar los pasos hacia el Padre común que está en los cielos.

Al ofrecerte estas exhortaciones para caminar hacia el Padre, me sirvió de ejemplo el clarísimo autor de Maná del alma. Por

otra parte, si mis visitas pueden servirte, de buena gana volveré a visitarte nuevamente.

Mientras tanto consérvame el afecto y encomiéndame a la gracia de Dios, nuestro Padre.

D.L.G.

## **La oración del cristiano**

*ESTOY PIANDO COMO UNA GOLONDRINA,*

*GIMO COMO UNA PALOMA,*

*Is. 38, 14*

1. Vienes en busca del Padre celestial. Ven, ven. ¡Qué hermosos son tus pasos! ¡Y cómo se alegrará tu Padre cuando llegues a Él! Apresúrate y, entre tanto, chilla como la cría de la golondrina para que se te oiga mejor; gime como una paloma piadosa para que el Creador acuda a recibirte.

La cría de la golondrina chilla y la de la paloma gime más porque saben que, para que las oiga su madre, el único medio son los lamentos y el llanto.

Eso mismo hace el niño. Tú mismo recuerdas que cuando eras niño llamabas: “¡Padre, padre!” y que, suspirando, gritabas “¡Pan, pan!”. Tu padre se acercaba a ti solícitamente, te acariciaba y llenaba tus manitas de cosas.

Ahora, razona tú así: si la madre de la cría de la golondrina y del pichoncito acuden ansiosamente, y si el padre del niño se deshace de afecto, ¿con cuánto mayor afecto acudirá a ti el

Padre celestial? Prueba y grita como hace la cría de la golondrina y gime o medita como la paloma y ya verás.

2. Tu padre carnal, como te ama, parece que no puede estar sin ti. Y si un día te marchas de casa, tu padre envía tras tus pasos a su primogénito, a tu hermano mayor, para que te traiga nuevamente a sus brazos.

El Primogénito del Padre celestial es el Verbo Eterno, el cual, al llegar a la plenitud de los tiempos, se hizo hombre en María, hermana tuya imaculada. Y así, el Verbo Encarnado que es Jesucristo se convirtió en hermano tuyo. Jesús, tu hermano mayor por ser hijo Unigénito del Eterno, fue enviado por el mismo Eterno para buscarte a ti, porque te habías comportado peor que el hijo pródigo huyendo lejos, muy lejos de la casa del Padre.

En cuanto al viaje, recorre un camino enorme, pues del cielo baja a la tierra. En cuanto a las fatigas, soportó infinitas, porque toleró toda la pobreza de Belén, todos los sudores de Nazaret, todos los sufrimientos de Jerusalén y todas las agonías del Calvario, que todas juntas vienen a ser como un mar de humillaciones y de dolor sin límite.

Piensa qué razón tendrás tú para gritar lo que ya en el cielo exclamaron los Angeles y en la tierra los justos: “¡El Señor amó a los hombres hasta dar por ellos a su Hijo Unigénito!”.

Ya ves que Jesús te ha alcanzado en el desierto de esta tierra. El Hijo del Eterno, al encontrarte, dijo en el exceso de su gozo: “¡Vamos al Padre! ¡Vamos al Padre! ¡Yo te acompaño!”

Mientras tanto, ora sinceramente así: “Padre nuestro que estás en los cielos...” y puedes estar seguro de que pronto llegarás al abrazo de tu Señor y Padre.

¿Qué dices ahora...? Apóyate en la mano derecha de Jesús y grita: “¡Padre! ¡Padre!”, igual que la cría de la golondrina. Y pide como la paloma: “¡Pan! ¡Pan!”. Dirige velozmente las alas del afecto hacia el cielo y Dios Padre acudirá a tu encuentro.

3. Tus primeros padres, Adán y Eva, fueron colocados por Dios en un jardín de delicias, y se sentían felices porque hablaban con el Señor y el Altísimo conversaba con ellos. Pues bien, nada tienes que envidiar a tus inocentes primogénitos. Tú mismo te encuentras en un jardín de celestial fecundidad. Ese jardín es para ti la oración dominical, pues con ella hablas con Dios y el Señor conversa contigo. Tú abres los labios para pedir lo que conviene a tu alma y lo que es útil para tu cuerpo y el Padre te escucha con prontitud.

Pero tal vez se observa en ti una inmensa monstruosidad.

A un jardín fecundo acuden las moscas, acuden las cantáridas y acuden las abejas. Las moscas no hacen más que volar de flor en flor. Las cantáridas se detienen un poco, pero sólo toman el alimento suficiente para subsistir. Pero las abejas son muy industriosas. Penetran en la corola de las flores y no se alejan hasta que se sacian de ellas y recogen abundante cantidad de miel oportunísima para la estación cruda.

La oración del Padre Nuestro es un fecundo jardín, y en él ingresas tú. ¿Cómo te comportas en ese jardín? ¿Como las moscas? ¿Inicias al menos a las cantáridas? ¿Y por qué no eres abeja

industriosa si el Señor te llamó a ser cristiano? Para que Dios te ame mucho debes recoger en el jardín de la oración dominical frutos abundantes de virtud, igual que la abeja recoge estupefacto jugo sustancioso de las flores de un jardín material.

Al enseñarte Jesucristo las peticiones del Padre Nuestro te preparó la espléndida mesa que el Padre del pródigo dispone para el hijo hallado. ¿Qué dirías de un hijo que, tras ser llamado para sentarse en el primer puesto de la mesa, rehusara hasta sentarse en el último lugar?...

Aquel padre no se sentiría contento si, aun sentándose el hijo, manifestara melancolía o desgano. El padre está de fiesta porque te ha encontrado, ¿por qué no te alegras tú también inmensamente?

#### 4. Dirás que rezaste y no fuiste escuchado.

¿Has suplicado como Jesús te enseñó a hacerlo? Ruegas con descuido, como suelen hacer los mocetones. Pides por ganas de bienes materiales, que primero te ponen enfermo y luego te lleven a la muerte.

Además, apenas abres la boca ya quieres que te sirvan, y si no te complacen, mummuras y te sientes despechado.

¿Merece un joven así que le den satisfacción? Créelo, créelo: cuando pides a Dios cosas que no sirven al alma sino que la dañan, si el Señor te lo concediera sería como un castigo para ti, un mal tal vez irreparable.

Ora mejor y conseguirás pronto cosas mejores. Y si el Señor tarda, ¿sabes por qué? Le agrada verte suplicante a sus pies. Y



se comporta de esta manera como un padre terreno, quien comienza con la promesa de un regalito al niño, luego se lo enseña y por fin lo deja en sus manos con caricias afectuosas.

El Señor suele hacer como aquel rico peregrino que subía por el camino que conduce a Loreto y dejaba que un pobrecito que le pedía limosna lo siguiera buen trecho por el gusto que sentía al verlo cerca. Pero cuanto más largo era el trecho siguiéndole, mayor limosna y premio conseguía.

Además, tu padre celestial tiene mayor deseo de concederte sus dones que tú ansia de pedirselos. Sin embargo, Él te colma de sus favores a cada instante, y para que no te creas que te los da porque le resultas querido, con frecuencia dispone que tú ni siquiera adviertas las mayores gracias que te concede.

#### 5. Dirás que te cansas de rezar, pues no sientes las ternuras del afecto que siente un hijo cuando habla con su padre.

A esto te respondo que sientes gusto sensible porque la voz, el gesto y la sonrisa sensible del padre te conmueven.

Cuando hablas con Dios, es tu alma la que conversa con el Señor, Espíritu purísimo, y bien sabes que ordinariamente el cuerpo no advierte las operaciones del alma. Y si esto sucede es por especial favor celestial, como ocurrió en el caso de Abraham, Lot y Tobias, en quienes fue una gracia especialísima que recibieran la visita de los ángeles celestiales en forma de jóvenes terrenos. Añade a esto que, así como el padre hace con su niño en muchas ocasiones al manifestarle un rostro severo para ver cuál es su afecto, así hace el Señor contigo muchas veces.



Y si a pesar de todo no dejas de encomendarte y te unes a Dios más estrechamente con tus lágrimas y tu afecto, en este caso, ¡feliz de ti!

Ignacio, precisamente cuando se entregó al Señor y para hablar con Él se recluyó en la cueva de Manresa, no sólo no vio el rostro amoroso del Padre sino que descubrió todo el horror del infierno que parecía tragárselo vivo. No sólo no sintió Ignacio la voz del Padre, sino que le parecía oír interiormente esta voz atormentadora. ¡Estás condenado, estás condenado!... La misma Teresa, cuando se decidió a vivir solamente para Dios, en vez de recibir del cielo una sonrisa de aprobación, experimentó en su mente una tenebrosa ceguera hasta parecerle que se encontraba en la oscuridad de una densa noche. Teresa experimentó en su corazón una confusión de afecto y una melancolía tan negra que durante dieciocho años seguidos sufrió tanto como quien continuamente sufre el tormento de la extrema agonía. Sin embargo, en el colmo de tantas pruebas, ni Ignacio dejó de gritar a Dios: “¡Tú eres mi Padre, tú eres mi Padre!”, ni Teresa dejó un momento de gemir: “¡Pan, Señor, da a mi alma el pan de tu divina gracia!”. Y ya sabes que tanto Ignacio como Teresa fueron escuchados sobre medida. Dios ayudó a Ignacio a realizar aquí todo el bien que en su corazón deseó y fue el patriarca de una gran familia que en la Iglesia de Jesucristo se mantiene todavía hoy, después de tres siglos, como firmísima columna. Teresa suplicó otros favores para su gran Orden Carmelita y los consiguió todos. Esta Orden, que como fecundo jardín había ya producido frutos de vida para todos los hombres de la tierra, en tiempos de santa Teresa se había convertido en un jardín sombrío y tierra estéril. La piadosa virgen suplicó que se convirtie-

ra, como antiguamente, en jardín de virtudes y huerto de santos frutos, y fue atendida. Ella misma instituyó trescientas casas de reforma, al tiempo que, mujer débil pero fervorosa, tanto se industrió ante Dios que hasta los mismos reyes y príncipes acedían a sus deseos, y el Pontífice y los obispos escuchaban atentamente sus preguntas.

Por tanto, el gritar como la cría de la golondrina cuando se reza, o gemir como la paloma, produce este gran provecho. Si no has conseguido hasta ahora de lo alto beneficios tan grandes como Ignacio y Teresa, será que no has rezado con el afecto con que ellos lo hicieron.

## *Reflexiones*

1. Para conseguir muchas gracias de Dios, debes gritar como la cría de la golondrina y al mismo tiempo gemir como la paloma. El Señor es tu Padre.
2. Por el gran deseo que tenía de estar contigo y de ayudarte, envió a su Unigénito a buscarte, y le mandó que te enseñara la fórmula de oración para conseguir de lo alto cualquier gracia.
3. Por tanto, con la oración del Padre Nuestro puedes encontrarlo como Adán y Eva se encontraban en su jardín del Paraíso terrenal. ¿De qué manera usas de ese jardín de gracias?
4. Ora con afecto y perseverancia.
5. Ora también cuando al hacerlo no sientas satisfacción sino más bien enojo, y ya verás si es útil dirigirse a Dios con el grito de la cría de la golondrina y con el gemido de la paloma.

# Introducción a la oración del Padre Nuestro

---

1. Recordarás que, cuando eras pastorcito y cuidabas el rebaño, tu pensamiento corría velozmente hacia el padre y la casa doméstica.

Asimismo, te encontrabas sirviendo en una tienda o sentado en el banco del colegio, lejos del padre amado, tu mente corría en busca del padre, el corazón se llenaba de afecto y las lágrimas brotaban de los ojos como de dos fuentes. Para enjugarlas gritabas: “Mi padre está en casa... pronto veré a mi padre querido”. Entretanto, recogías una hoja de papel y escribías con afecto muy tierno: “Padre, tengo ganas de verte... ¡No puedo estar más sin verte!”.

La temura que manifiestas a tu padre terreno debe llevarte a multiplicar en ti el amor hacia el Padre celestial.

*USTEDES OREN DE ESTA MANERA:*

*PADRE NUESTRO...*

*MT. 6, 9*

En medio de las penas de la vida, piensa continuamente: “Mi Padre y Señor está en el Cielo; pronto veré allá arriba a mi Padre”. Mientras, dirigele tu afectuoso ruego, de que te lleve pronto a Él. La instancia que debes hacerle te la describió el Unigénito de Dios, Jesucristo, y no la hay más recta en sí misma, más ordenada en el modo y más sencilla en la forma. Escucha y admira.

2. Jesucristo te ha enseñado en la oración del Padre Nuestro a rezar por ti mismo y a pedir por tus hermanos también. De ahí que, unido a ellos, supliques: “Padre nuestro y Señor Altísimo, que todos tus hijos te bendigan y que todos los hijos extendidos por la tierra vengán a ti para abrazarte. Nosotros queremos sólo lo que Tú quieres. Danos, Padre, pan para vivir.

Concedenos el perdón de nuestras culpas para serte gratos siempre. Señálanos también un campo donde trabajar y un oficio que cumplir, y no permitas que nos sorprenda ningún mal. ¡Que así sea, Dios y Padre nuestro!”.

Imagínate que, siendo tú jefe de familia, o padre de familia numerosa, tus dependientes o tus hijos todos los días de la vida, y más de una vez cada día, se acerquen para repetirte estas palabras. ¿No te alegrarías por ello?... Claro que sí. Y tú, que tanto te alegras al oír una proposición acertada; tú, que para escuchar un santo coloquio tal vez te expones a la fatiga de un largo viaje; tú, digo, mucho debes alegrarte al presentar tú mismo un razonamiento tan recto al Altísimo. Los filósofos y legisladores del templo se quedaron atónitos cuando el Niño Jesús les dirigió sus divinas palabras. Cuando tú elevas tu súplica y haces compen-

der al Cielo tu petición, pienso que los Ángeles y los Santos se admiren igualmente de ti.

3. Al recitar el Padre Nuestro, diriges también a Dios estas palabras: “Mi ansia es que en la tierra te alaben y te amen de la misma manera que sé que te alaban y ensalzan en el Cielo. Danos el pan de la vida. Nosotros nos perdonaremos mutuamente para trabajar de acuerdo en honor de tu gloria. ¡Señor y Padre, libranos del pecado para que podamos ir pronto al Paraíso contigo!”.

Imagina todavía que estas mismas palabras las repitan todos los días los hijos de un sabio padre de la tierra. ¿Qué te parece...?

Los ángeles se alegran en el Cielo porque Dios es el Altísimo, por esa misma razón te alegras tú. ¿Qué tienes que envidiar tú, por tanto, a los ángeles?...

Los santos son felices en el Paraíso porque allí gozan de la plenitud de la paz. y las sedes de gloria están ordenadas porque hay allí numerosas mansiones. Pues bien, al recitar el Padre Nuestro, consigues aquella paz y armonía que no es posible conseguir mayores en la tierra, pues tú ya gozas en parte del premio de la celestial felicidad. Sí, sí, repítelo a ti mismo, enséñaselo a las familias y predica a las naciones que el Padre Nuestro es la oración que trae el orden y la paz universales. Házselo entender a todos y cambiarás esta miserable tierra en una antesala del Paraíso.

4. Será asimismo antesala del Paraíso por las virtudes que adornan a los miembros de la familia humana. La virtud que encierra en sí a todas las demás es la sencillez. El niño, el más ingenuo de todos, gusta precisamente por eso a todos los de la casa y a los de fuera de ella.

Jesucristo mismo, cuando se encontraba en medio de un grupo de niños, decía: “Dejen que los niños se acerquen a mí... Los quiero como a los Ángeles del Cielo”. Y dirigiéndose a los Apóstoles y al pueblo, proseguía: “Procuren asemejarse a estos niños inocentes, pues si no se parecen a ellos no entrarán en el reino de los cielos”.

El Sumo Pontífice Pío IX, de feliz memoria, se alegraba cuando se encontraba con niños como del triunfo de un pueblo amado. Conversaba con los niños presentes y los bendecía, y escribía a los lejanos y los socorría.

En una casa llamada de la Divina Providencia, porque allí el padre celestial distribuye pan a tres mil hijos que le suplican cada día, se reciben todas las peticiones que llevan la impronta de la sencillez.

A quien pide con sinceridad de afecto se lo atiende poco menos como si se tratara de la voz de Dios.

Pues bien, esta admirable virtud de la sencillez se contiene entera en la conocida petición del Padre Nuestro. Tú hablas así al Señor: “Sea santificado tu nombre. Que todos te amen y obedezcan. Danos el pan de cada día. Perdonanos nuestras culpas. Nos perdonamos mutuamente. Libranos del pecado”.

Cuando el hijo reproduce en sí las virtudes del padre se forma de los dos un solo querer. Y cuando conversan, lo hacen



con cordialísima familiaridad, pues saben que el amor los une. Así, si sientes con verdadero afecto el Padre Nuestro, te unes profundamente con el amor del Señor, y de esta manera creces en la santidad del hijo amado.

5. No puede ser de otra suerte. Como Jesús vino a ofrecerte la petición para subir al Padre, te ha presentado lo mejor que tenía y que tú podías poseer. De ahí que los santos Padres y Doctores sagrados te exhorten a reverenciar esa petición conocidísima, pues es como el breviario del Evangelio divino. Te invitan a practicar su enseñanza, a estudiar el sentido de cada parte de la petición, pues contiene en síntesis todo lo que un cristiano puede esperar y desear de Dios.

La oración del Padre Nuestro es como la luz de la lámpara que te guía en la noche de la vida de la tierra; es como la fuerza del alimento que dio fuerzas a Elías para ascender a la cima del monte santo. La oración del Padre Nuestro es como la diestra de Jesús que te acompaña y te sostiene.

¿Por qué demoras todavía? Confiar en esta bendita ayuda y subir hasta llegar a la vista de Dios Padre en el bendito Paraíso.

## *Reflexiones*

1. Tú, desde la tierra, llamas dirigiéndote al Cielo: “¡Padre, Padre!”, y Dios te envía a Jesucristo para ofrecerte una fórmula de petición que es:

2. Recta en el contenido.
3. Ordenada en el modo.
4. Sencilla de forma.
5. La más apta de todas para encontrarte pronto entre los brazos del Padre celestial.

# ¡Padre!

---

1. ¡Fíjate en la florecilla que brota y crece alrededor del lirio a partir de una semilla en la que se depositó la potencia de nacer y desarrollarse! Esa florecilla, con su lenguaje, dice: “¡Yo amo!” La cria de la golondrina con sus gritos y el cordorito con sus balidos claman: “¡Amo a quien me traje a la vida!”. La creaturita que retoza en el seno de la madre y el niño que sonríe entre las rodillas de su padre exclaman con lenguaje humano. “¡Amo a quien me ama. Te amo, padre amado; te amo, querida madre!”.

A su vez, el lirio que se dobla sobre la florecilla, la ovejita y la golondrinita que a su manera hablan a sus criaturas, la madre y el padre del niño que lo acunan con indescriptible afecto, hablan con corazón de amantes: “¡Te amo, hijo, te amo!”.

Las ternuras paternas, los piadosos afectos del hijo no los olvidas ni un instante. Si un hijo se pone enfermo, fíjate en su padre; si se muere, el último suspiro se dirige al padre. Y, si el padre le precede en la tumba, de nada se duele el hijo como de no haber amado lo suficiente al amado padre.

¡Dios inmenso! Eres Tú quien en el exceso de tu amor extiendes el amor aquí. Todo en este mundo proclama el amor.

Yo me confundo en el abismo de mi miseria, dirijo la mirada a ti y suspiro: “¡Te amo, Señor y Padre mío!”.

2. Los infieles, que recibieron de Dios la vida, sienten en su corazón la voz del Señor que les inculca: “¡Amen a Dios, amen a su Creador!”; y se van hacia Él con la fuerza del afecto que les es posible. Los hijos de los Hebreos, de los Patriarcas y de los Profetas, que tantas veces oyeron las palabras de Jesús, recurren con afecto más cordial y exclaman. “¡Te amo, mi Señor y Maestro!”. Pero la distancia que hay del Cielo a la tierra de Canaán es inmensa, y la majestad del Infinito frente a la pequeñez de un hombre es también infinita.

De ahí que los judíos exclamen en particular muchas veces: “¡Te amo, Señor!”, pero pocas veces universalmente: quien exclama es uno solo por todos. El Sumo Sacerdote, echado en el suelo el día más solemne del año, suplica: “¡Jehová...!”, que quiere decir: Señor Altísimo. Al oír esa voz, todo un gran pueblo, como un solo hombre, echa su rostro sobre el suelo y replica en su interior: “¡Jehová, Señor Altísimo, ayúdame!”. En ese momento los judíos explotan de alegría, pues en esa hora hablan al Dios que los ha creado, al Señor que los instruyó por el camino del Cielo.

Más afortunados que todos ellos son los cristianos, quienes se dirigen a Dios con afecto de hijos. El pelicano, cuando ya las crias han salido de los huevos, se dice que se abre el corazón y que con su viva sangre da de beber a sus hijos, quienes se apresuran a beberla y de ella reciben la vida, al tiempo que la madre

se inclina sobre sí misma, parece decir al morir: “¡Así ama un padre a sus hijos!”.

Jesús, tu Señor y Padre, es para ti un pellicano afectuoso. En un exceso de amor te hace oír su voz para guiarte al Cielo; en un exceso de amor, Jesús te da de beber su Sangre divina y te dice: “Así ama el Padre a su hijo”. ¿Cómo amas tú a un Padre tan grande? Tú estás obligado a amarlo más que a nadie, y si de veras lo amas, debes exclamar desde que tienes uso de razón: “¡Padre, te amo!”, y no desistir hasta el último momento de tu vida, cuando al partir de aquí diriges a Dios la más afectuosa mirada para decirle: “Te amo, Padre; ¡recíbeme entre tus brazos!”.

3. Pero hay hijos que son tan ingratos como las víboras. Si durante el crudo invierno encuentras por el camino una serpiente adormilada y tú la calientas por compasión en tu seno, la muy ingrata te pica y te inyecta el veneno mortífero en las venas. Imagínate, como sucede muchas veces, a un padre que se fatiga por un hijo que conduce hacia una carrera de altos estudios y que con tanta dificultad mantiene en los bancos de la Universidad. Llega por fin el día solemne en que tantos padres se alegran al ver coronados a sus hijos, pero el padre en cuestión, el más amante de todos, ve que su hijo ha sido echado con oprobio del salón de fiestas porque a lo largo de todo el curso escolar no hizo más que vagar.

¡Qué golpe para el corazón de un padre! Pues bien, imagina ahora a Jesús, tu Padre, en el Huerto de los Olivos, imagínate tú mismo a Jesús agonizante en la Cruz.

Pregúntale el motivo de tantas penas y te responderá con piadosos gemidos: “Tuve hijos a quienes alimenté y elevé y ellos me despreciaron”.

¿Qué le dirías tú...? Si eres tú un hijo tan desconsiderado, esconde tu rostro en la confusión antes de que la tierra se abra y te trague su vorágine.

Los antiguos romanos solían castigar a los hijos rebeldes costéndoles en un saco en que había víboras y luego los echaban al abismo de las aguas. Los judíos, aún ahora, después de dos mil años, cuando pasan junto a la tumba de Absalón, el hijo rebelde, lanzan contra ella una piedra y dirigiéndose al hijo que llevan de la mano, le dicen que es un maldito el hijo que hace llorar a sus padres. Tú, que tantas veces dejaste desolado a Jesús, tu Padre, y que has merecido el castigo, ¿qué piensas? ¿Y qué castigo te convendrá a ti, quien a manera de judío atrevido sigues insultando a Jesús?

4. Pero si te abres a Dios con afecto de hijo tierno e imitas sus virtudes, ya verás cómo el Señor se consolará contigo.

En los campos de Jerusalén levantó ya Jesús un trono de amor. Allí se recogieron las muchedumbres y el Divino Salvador les habló así: “Yo he venido para salvar al mundo, ¿quién entre ustedes me ayudará a salvar a los hombres?”. En medio de todos ellos se levantaron los Apóstoles del Señor, quienes no se separaron nunca de Él. Le acompañaron en los sudores de los viajes, en las fatigas de la predicación, en los tormentos de la agonía, y todos ellos sufrieron su propio Calvario y sufrieron el martirio. Los Apóstoles fueron hijos amados.

De ahí que Jesús les dijera en exceso de amor: “Mía es la tierra y a ustedes se la doy: vayan y prediquen el Evangelio a todo el mundo... Yo estaré con ustedes hasta el final... Los ayudaré a realizar milagros mayores que los que hice... Y ustedes, que han permanecido fieles en la fatiga, haré que se sienten sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel”.

¿Qué dices tú a esto? ¡Aseméjate a los apóstoles al reproducir en ti las virtudes del Padre celestial! Dios te encontrará con júbilo y los Apóstoles te pondrán entre los Ángeles, diciendo: “¡Ahí tienen a un fiel compañero!”, y entre los Santos, añadiendo: “¡Ahí tienen a un fiel hermano!”.

5. Los Apóstoles copiaron tan bien en sí mismos las virtudes de Jesús porque habían renunciado a las cosas terrenas.

Oye cómo se expresa Pedro en nombre de todos: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué nos darás en premio?”. Siguieron los apóstoles soportando por Dios hambre y sed, sudor y fatiga, peligros de tierra y mar, amenazas de hombres y asaltos de fieras. El medio de tantos sufrimientos no dejaron de repetir: “Jesús es el Omnipotente; el Señor es nuestro padre”. Finalmente llegaron hasta gozar íntimamente en medio de tantos sufrimientos, en medio de los cuales otros se hubieran confundido. De ahí que exclamaran: “Nosotros no queremos gloriaros nada más que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, en quien está la salvación, la vida y nuestra resurrección”. Al proceder con corazón tan generoso, los Apóstoles alegraron tanto el Corazón de Jesús que cada vez que ellos, como hijos

amados, exclamaban dirigiéndose a Él: “¡Padre, Padre!”, respondía Él en su corazón: “¡Son mis hijos, son mis amados!”.

Considera por tu parte que el Señor continúa dirigiéndote esas mismas palabras. Además en esta tierra, Jesús exclama desde el Santísimo Sacramento con amor divino: “Yo soy su Padre y ustedes son mis hijos... Estoy aquí para salvarlos a todos... Acérquense, hijos, para que pueda abrazarlos”. ¿Qué le responderás tú a Jesús y qué piensas decirle de presentía?... Si otra cosa no sabes, replica: “¡Padre, Padre, Padre!”.

Repite esa palabra con la confianza de un hijo amado y eso hará que complazcas infinitamente a Dios Padre.

## *Reflexiones*

1. Tu mayor satisfacción en la tierra es mirar a Dios y llamarlo: “¡Padre, Padre!”.
2. Porque Dios es tu Padre por tres importantes razones...
3. Por eso, debes evitar causar a tu buen Padre cualquier disgusto.
4. Debes amarlo tan bien como los amados Apóstoles.
5. ¡Ojalá que también tú, como ellos, imites las virtudes del Padre!

# ¡Padre Nuestro!

---

1. Cuando los pastores y los Reyes Magos llegaron al establo de Belén, saludaron a Jesús con estas palabras: “¡Aquí está nuestro Padre!”. José y María, al amanecer de cada día en Nazaret, se inclinaban sobre Jesús diciendo con plenitud de afecto: “¡Aquí está nuestro Padre!”.

Los Apóstoles, cuando Jesús volvía cargado de sudor y cansancio de la predicación o estaba inundado por la sangre del sufrimiento, exclamaban con ternura de hijos: “¡Aquí está nuestro Padre!”, y se abrazaban a Él por los caminos del Calvario. Cuando más tarde Jesús, en la gloria de la Resurrección, vino a ellos, los Apóstoles, con enorme júbilo, volvieron a exclamar: “¡Aquí está nuestro Padre!”. Y cuando, finalmente consumidos por la llama del deseo, también ellos emprendieron con Jesús el vuelo hacia el Paraíso y llegaron ante la presencia del Padre, exclamaron con gozo de bienaventurados: “¡Aquí está nuestro Padre!”. Y entonces el Padre, más ahora que nunca, se volvió hacia ellos diciendo: “Yo soy su Padre y ustedes son mis hijos. Pues bien, yo los consolaré”.

No hay escena más commovedora que el encuentro del padre con el hijo. Imagina que del campo de trabajo se acerquen

varios hijos inundados de sudor; figúrate que, tras un largo viaje, aparezca por la parte contraria el padre amado, también él cargado de sudor de sangre de numerosas fatigas sopportadas en beneficio de los hijos. Cuando los hijos se abrazan y al padre y este a ellos, creo que Dios Padre, amor por esencia, mira complacido desde el cielo sobre ellos y dice a todo el paraíso: “Miren cómo se aman en la misma tierra; miren cómo se aman el padre y los hijos”.

¿Qué me dices...? Tú debes ser ese padre y uno de esos hijos. Seas padre o hijo, cuando oras: “Padre nuestro”, debes excitar en ti un intensísimo afecto. Viniendo con tus hermanos, debes exclamar como los pastores y los Apóstoles: “Aquí está nuestro Padre, aquí está nuestro Padre!”, y no desistir hasta que te encuentres ante Dios Padre en el Paraíso. Si en la tierra saludas a tu padre con ternura, en el Paraíso lo harás con júbilo. Cuando allá arriba exclames: “¡Aquí está nuestro Padre!”, te sentirás feliz.

2. Imagínate que Jesús Niño te grite en Belén: “¡Ayúdame a buscar a mis hijos!”. Imagínate que te diga Jesús en Jerusalén y en Nazaret: “¿Quién me ayuda a buscar por el mundo a tantos hijos extraviados?”. Jesús, viendo que son tan pocos los que se le unen en los trabajos de un buen Pastor, imagina que en un exceso de dolor se aparezca desolado en el huerto, o bien con la cruz y agonizante; en fin, en la cima del Calvario. Si entonces Jesús, recogiendo las últimas fuerzas, te dijera con voz moribunda: “¡Ayúdame a salvar a mis hijos, que son tus hermanos!”, ante esos asuntos postreros, ¿podrías dejar de ofrecerte a Dios con corazón de apóstol?

Muchos amados hermanos tuyos, por eso ilustres, respondieron a Jesús que querían ayudarlo en la gran empresa de salvar almas. Los Apóstoles, que se lo prometieron con más ardiente amor, peregrinaron después por todo el mundo. Después de los Apóstoles, los hombres apostólicos, como fueron los Padres y los Doctores sagrados, los Pontífices y Confesores en número incalculable, hicieron viajes tan largos que hubieran podido con ellos dar varias veces la vuelta al mundo. Otros escribieron tantos volúmenes que podrían llenar toda la tierra de la luz para ver al Padre. Quien se cansó con la voz, quien con los gemidos, pero cada cual condujo a los pies del Padre una turba innumerable de hijos descarriados: ¿Cuántos has llevado hacia Él tú hasta el presente?... Si todavía no has llevado ninguno, es señal de que no correspondes a la invitación. Y es que Jesús en el Santísimo Sacramento, como en Belén y Nazaret, te llama con amor divino: “Ayúdame a salvar los hijos, ayúdame a buscar las almas de los hijos que he redimido con mi sangre”.

Aún hoy Jesús dice: “Para salvar a un hijo soportaría de nuevo los tormentos de la Pasión”. Y en cierto modo los soporta, pues recibe muchos ultrajes en el santo Altar sin dejar por ello de ofrecerse cotidianamente como víctima al Altísimo por los pecados. Si tú no acudes tampoco en esta ocasión, no sé qué dirá de ti el Cordero bendito...

Creo que Él mismo tendrá que llorar por la dureza de tu corazón.

3. Examina un momento al Corazón de Jesús, Padre tuyo, y decide.

Jesús quiso llamarse Padre de misericordia, Rey manso, Cordero inocente que no se rebela ni cuando va a morir. Jesús soporta a los bellemitas que no quisieron recibirle. Jesús no condenó a los suyos de Nazaret que quisieron despeñarle.

Se compadecía de los pecadores, y cuando estos le decían: “Somos reos, perdonanos, Padre?”, Jesús los abrazaba con divina ternura. Recuerda a la adúltera perdonada, a la Magdalena absuelta, recuerda al pródigo festejado, y descubre tú mismo cuánta verdad hay en que Dios perdona. Jesús enseñaba a los suyos que fueran mansos, que no juzgaran a nadie, que a nadie condenaran.

Cuando los Apóstoles, disgustados porque los samaritanos no quisieron escucharle, le dijeron: “¡Manda que el fuego baje del cielo sobre su ciudad incrédula!”, Jesús les replicó: “¡Créanlo, créanlo: ese no es mi espíritu! Yo he venido a tolerar a los pecadores a fin de que hagan penitencia”.

Ese es el corazón de tu Padre. En cuanto a ti, debes ser tan amoroso como Él, tan benévolo como Él. A un obispo recién ordenado que se acercó a San Francisco de Sales en busca de consejo, le respondió el Santo. “Sé dulce, sé dulce, sé dulce”. Con la virtud de la dulzura se ganan las almas. Con esa virtud los cristianos agradan a Dios y consuelan a sus hermanos. Pues bien, al dirigirte a Dios con las palabras: Padre nuestro, excita en tu corazón un afecto purísimo hacia el Señor, y sé con tus hermanos, aunque sean imperfectos y pecadores, misericordioso. En todas las familias hay hermanos menores y mayores, hermanos fuertes y hermanos débiles. ¿Qué sería de la familia y qué diría el padre si el hijo mayor en edad y más fuerte no ayu-

dara con su consejo y con su fuerza a los hermanos niños y enfermos?

4. Tú ruegas: "Padre nuestro". Al rezar así recuerda en seguida que Jesús es también tu Hermano mayor. Él nació de la Virgen María, que es hermana tuya, aunque Inmaculada.

Por tanto Jesús, Hijo consustancial del Padre, es también hermano tuyo. Y hermano mayor, porque es el Unigénito del Eterno. Es omnipotente, sapientísimo. ¿Qué harás tú?

Cada vez que ores a Dios, debes dirigir tu mirada a Jesús y suplicarle que te acompañe al Padre. Cuando te apoyas en la derecha de Jesús, subes velozmente, y al llegar ante la presencia del Altísimo, el Eterno te recibirá con júbilo. Entonces, con la confianza de hijo amado, podrás hablar a Dios y conseguir lo que conviene a tu alma; conseguirás todas las ayudas divinas que necesitas para llevar al Eterno a tus mismos hermanos errantes.

## *Reflexiones*

1. Debes desde la tierra dirigirte al Cielo y exclamar con la muchedumbre de tus hermanos: "¡Aquí está nuestro Padre!".
2. Mientras tanto, gime de corazón y con sudoroso esfuerzo conduce a Dios a los hermanos que yerran.
3. Para conseguirlo, ten compasión de ellos, la misma que Jesús tiene contigo.

4. Finalmente, apóyate en la diestra de Jesús, pues Él es tu hermano mayor que todo lo puede ante el Padre.



## **Que estás en los cielos**

1. Tú, que quieres alegrarte con tu Padre, míralo en la altura de su trono. Se encontró aquí más de un hijo afectuoso de príncipe que, al descubrir a su real padre sentado sobre un trono de gran magnificencia, poco faltó para que muiriera de alegría. Tú, que quieres solicitar de Dios Padre innumerables gracias para ti, suplica ante la máxima sede donde habita.

El hijo pródigo, cuando decidió volver a su padre, recordó la suntuosidad y la abundancia de la casa paterna, recordó la generosidad de su padre y esto le impulsó a darse prisa. Tú mismo sabes que aquí en la tierra el trono de más categoría es el del Pontífice: pues tú, cuando necesitas favores especiales, te acercas allí, te postras a los pies del Vicario de Cristo y le obsequias diciendo: “Un solo Dios y un solo Pontífice... Tú eres Pedro, el sucesor del Príncipe de los Apóstoles”. Con tales acentos de respeto comienzas ganándote el favor del corazón del Pontífice.

Imagina que lo mismo suceda con Dios. Tú miras el trono del Padre y descubres que es altísimo.

Esta tierra que habitas no es más que el escabel de los pies del Señor.



Lo que sostiene en torno a sí a la tierra es el sol. Este astro es grandísimo porque es casi un millón y medio de veces mayor que el globo terráqueo. Se trata de un astro que está muy lejos de aquí, pues un hombre, para acercarse a él, tendría que correr diez kilómetros en una hora y doce horas al día y emplear en ello cinco mil setecientos años. Y entomo al sol están las estrellas. Imagina que un astrónomo es capaz de descubrir a simple vista doce mil, y cuando usa instrumentos ópticos es capaz de contar cientos de miles. Piensa por otra parte que todas las estrellas están muy lejos de la tierra. Ya ves lo veloz que es el fulgor del relámpago. La luz de las estrellas corre con la misma velocidad, y no obstante, para llegar hasta la tierra la luz de las estrellas más lejanas llamadas nebulosas, afirma el especialista Herschel, que emplea cien, doscientos y hasta miles de años de tiempo. Los astros de los espacios descritos se encuentran en el cielo que descubres desde aquí. Pero además del espacio del cielo están los espacios de los cielos, y más allá, en los espacios infinitos, está el trono de tu Padre Celestial. Cuando los astrónomos miran con ojo humano la extensión de los cielos se quedan asombrados. Tú que con la mirada de la fe miras más alto en el espacio del Paraíso, ¿te parece que no debes quedarte impresionado? Dirigiendo la mirada al cielo, aprende a alegrarte infinitamente con tu Padre celestial y a suplicarle gracias insigues.

2. Tanto más que Dios Padre no es como un padre terreno. Un padre de la tierra, aunque rico, debe sin embargo limitarse a complacer a los suyos. Además un padre circundado de muchos hijos se ve obligado a dividir en muchas partes sus pertenencias para dar a cada uno de sus hijos lo que puede. En cambio, Dios





Padre es tan rico como el mar, que tantas aguas como recibe otras tantas devuelve a la tierra, y nunca disminuye. Dios te premia los servicios que le haces y te mira con complacencia como si solo en ti tuviera que pensar.

En esto se parece al sol, que se encuentra en medio del cielo y envía su luz y su calor tanto al monte cuanto a la llanura, al escollo como al mar, y a todos mira y al mismo tiempo envía sus rayos hacia ti como si únicamente tuviera que pensar en ti. Por eso como el sol ilumina todos los ángulos de la tierra, debes tú recordar que Dios desde lo alto se manifiesta para socorrerte. Y el socorro que el Señor te concederá está en proporción de la fe con que le suplicas, por lo que si tú le diriges súplicas humildes y fervorosas, enseguida inclinas el Cielo para que se manifieste en su esplendor, enseguida consigues que Dios Padre se apresure en tu auxilio.

3. ¿No ves que ya el Altísimo te circunda con las virtudes de su gracia? Un padre, aunque se encuentra lejos, sostiene a su hijo porque piensa en él y le envía los medios para que viva. Así el Padre común de los fieles, el Sumo Pontífice, aunque reside en Roma, está presente a todos sus hijos esparcidos por toda la tierra porque a todos los asiste y los dirige con su paternal corazon y con su palabra de maestro infalible.

Se dice que en tu cabeza reside el alma, pero está presente en todos los miembros del cuerpo, pues a todas las partes del mismo extiende su virtud y la fuerza de la vida. La ciudad santa del Señor es el Paraíso; el trono de la gloria en el Cielo es la habitación de tu Padre. Sin embargo, Él está presente en ti, por-

que te circunda, te ve desde lo alto, hasta ve tus pensamientos más escondidos, con lo que manifiesta en todo que tu padre amante es infinito y con el lenguaje de un amor infinito grita: “¡Mi alegría es encontrarme entre los hijos de los hombres!” ¡Cómo ha de ser, pues, tu adoración a Dios en todo lugar! Aprende a decir siempre: “¡El Señor me ve!”

Y regúlate en cada acto y palabra como si con tus mismos ojos descubrieras al Altísimo.

4. Luis Gonzaga tuvo siempre el excelente afecto de mirar a Dios Padre. Cuando los médicos le aconsejaban que descansara un poco, Luis no lo conseguía. Figúrate a los pies de un majestuoso trono al hijo del príncipe. El rey le dirige miradas de afecto al tiempo que el niño dirige hacia él sus bracitos; intenta incorporarse con su cuerpecito, le llama con el gesto, suspira con la voz y luego estalla en un llanto de amor hasta que el real padre desciende personalmente y aprietta contra sí mismo al niño y lo sienta junto a sí con gran alegría del niño y suya y con la admiración de todos los presentes.

Luis imitó a ese niño hasta que el Señor bajó y se lo llevó consigo. Magdalena, quien se encontraba en Florencia, vio en su espíritu en Roma el alma de Luis que, liberada del cuerpo, volaba hacia las alturas. Y exclamó entonces: “¡Qué gloria tiene Luis, hijo de Ignacio! ¡No creía que hubiera tanta gloria en el cielo como la que veo que goza Luis, hijo de Ignacio!”

Reflexiona tú mismo: la gloria que le correspondió a Luis es la que te corresponderá a ti un día. Si quieres que pronto se te conceda, suspira apresuradamente. Exclama con corazón de hijo

amante: “Padre nuestro que estás en los Cielos”, y el Señor, desde su Trono de Bienaventuranza, te llamará a sí antes de lo que crees.

## *Reflexiones*

1. Para amar a Dios Padre y confiar en Él, el medio es mirar al Cielo, trono del Altísimo.
2. Y recordar que el Señor mira hacia ti en la tierra, como si sólo a ti te tuviera y sólo tuviera que proveer a tu casa.
3. El Señor está en el Cielo y al mismo tiempo está presente ante ti, igual que el sol, que está en el firmamento pero que todo lo circunda.
4. Por lo que tú, para llegar al Paraíso, sólo tienes que mirar allá y suspirar con afecto muy tierno: “¡Padre nuestro que estás en los Cielos!”.

## **Santificado sea tu nombre**

1. Cuando dices a Dios: “Santificado sea tu nombre”, recuerda que estás en la familia de la tierra de tu Padre celestial. En la familia terrestre hay un campo que roturar en el que todos deben trabajar. Los hijos deben actuar con el propio sudor, como los patriarcas, los Apóstoles y los Confesores del Señor. Pero también deben complacer a Dios quienes, alabando constantemente al Señor desde el fondo de su corazón, lo alaban en la tierra como los Ángeles en el Cielo. Es lo que hacen todos los cristianos que especialmente dedican las horas del día y de la noche a la alabanza de Dios. Es lo que hacen en la soledad esos hombres angelicales que para pensar mejor en Dios se han retirado a la fortaleza de una religión contemplativa, o bien permaneciendo en el siglo dirigen su mente a Dios constantemente y su corazón para amarlo con afecto de querubines. ¿Cuál es tu esfuerzo? ¿Te esfuerzas con obras de celo o bien con alabanzas de contemplación?... Corresponde al Señor indicarte la forma particular que debes seguir, y a ti luego seguir exactamente lo que en el ministerio que se te confía Dios te recomienda.

Observa entretanto a tus ilustres hermanos, los Apóstoles u otros invictos misioneros, los Confesores y los Pontífices mag-

nánimos y los mártires que presentaron sus pechos para reparar las injurias que se querían dirigir al Altísimo. Dirige tu alenta mirada a las vírgenes que se deshacen de amor a Dios; dirige tu mirada a los contemplativos, quienes igual que el aceite que arde ante el Santísimo Sacramento, así consuman la vida en afectos de ardentísimo deseo. Tras reflexionar, resúelveté a bajar denodadamente por Dios.

El hijo que desea agradar al padre comienza muy de mañana su trabajo y prosigue hasta las horas más calurosas del día. Y si, como molestos mosquitos, se acercan hermanos poco devotos a distraerlo, los evita y sigue trabajando hasta el atardecer en favor de su padre. Quiera el Cielo que tú, desde el amanecer de la vida, comiences bien a hacer lo que Dios te impone. Quiere Dios que prosigas hasta el mediodía y de ahí hasta la tarde de tu vida, pues un cristiano, para ser amado, debe atarcararse mientras se encuentre en este mundo.

2. Pero adviérte que en este mundo se dan tierras diversas. Está la tierra purificada, la que rinde el ciento por ciento, y es la tierra bendita del Paraíso terrestre. Está al lado de la tierra de Canaán, que también es feraz, pero para producir tiene que ser tratada y labrada con constancia. Esa tierra es tu mismo corazón. Si tu ánimo es puro en sus intenciones, si es tan nítido como el oro acrisolado, en ese caso tú, ataréndote, trabajas sobre tierra excelente, y por eso te ocupas provechosamente en la gloria de Dios y en gran favor de tu alma. Los Apóstoles del Divino Salvador tuvieron en la cima de sus pensamientos la mirada puesta únicamente en agradar a Dios, y por eso lograron tanto aquí. Los hombres apostólicos, como fueron Ignacio y Javier, Teresa y

Magdalena de Pazzi, lo mismo que Carlos Borromeo, Francisco de Sales y San Vicente de Paúl, quienes obtaron tantas maravillas de celo como sabes, lo lograron porque tuvieron como regla esta óptima máxima: “Si supiéramos que en nuestro corazón hay una sola fibra que no es enteramente de Dios, inmediatamente y a toda costa la arrancaríamos”.

Fíjate en la misma naturaleza lo que realiza un fuego purificado, un simple electro. Con ese fuego se consigue transportar a familias enteras en los trenes ferroviarios, y con la familia las cosas de la casa de ciudad en ciudad, de reino en reino. Con la ayuda del fluido eléctrico comunicas tus pensamientos con una velocidad del relámpago a quien se encuentra muy lejos. Con la misma facilidad que el ruido del trueno se oye a lo lejos, a través de un hilo de metal purificado haces tú correr el sonido de tus palabras. Lo que realiza una llama purificada lo efectúa un electro simplificado. Pero si en ese fuego mezclas sustancias de agua, de tierra o de lo que sea que no sea homogéneo, en ese caso el calor efectuará mal su cometido. Y si unes a esa electricidad otro principio que no lo convenga, tus admirables conversiones se deben postergar o suspender. Mira si en tu corazón dejas que se introduzca el aburrimiento de la soberbia, la tierra árida de tu interés, en ese caso ya no te ama tanto el Señor, pues más que el honor del Padre buscas el tuyo propio.

Imagínate a un jovencito tan crecido que piense ya en separarse del padre y trabajar para sí mismo. ¡Qué pronto el desconsiderado entristece el corazón del padre! Piensa en tí, y para alentar más el peligro de desagradar a Dios, reflexiona constantemente en que eres un gran pecador a los ojos de Dios.

Eres hijo de madre pecadora. Y aun después de que Dios te perdonara lo has injuriado vilmente. Ah, tú, que deberías arder desde hace mucho tiempo en el infierno, ¿es posible que preocupándote de ti pienses en elevarte a imitación de la soberbia de Lucifer? Recuerda que si das habitación en tu corazón a las pasiones, que son forasteras vilísimas, no podrás decir confiadamente a Dios: “Santificado sea tu nombre”.

3. Ya te dije anteriormente que los hijos, sensibles a la salud y el honor del propio padre, se ponen ante su pecho como escudo fuerte e impenetrable. Y tú, que te glorias de ser un hijo amante, ¿qué has hecho hasta ahora?... Viles agresores se han introducido en la casa de Dios Padre, y bajo sus ojos han llevado a cabo muchas clases de sacrilegios escandalosos. Los blasfemos continúan todavía arrastrando a Jesús como un ser despreciable por las calles, ¿y te quedas tranquilo?

Decía Javier: “Mejor es sentir el fuego que oír el horror de una blasfemia”. Jerónimo Emiliano colocaba su boca contra el suelo y comía lodo para hacer la penitencia que le correspondía a los inicuos profanadores.

¡Cuántos viles Pilatos hay todavía hoy que siguen condenando a Jesús! ¡Cuántos que, como Caifás y Herodes, le gritan y se ríen de Él! Y los jueces que gritaron: “¡Que Jesús muera en la cruz!”, ¿han disminuido en nuestros días?

Clodoveo, rey de Francia, el día de Viernes Santo, al oír en la Iglesia la narración de los tormentos de Jesús, echaba la diestra sobre la empuñadura de la espada y gritaba fuerte delante de todos: “¡Ah, si yo hubiera estado allí con mis Francos!”.

En cuanto a ti, reflexiona. Si a ti o a tu padre les hubieran propinado la mitad de los tormentos y persecuciones injustas que cada día se hacen a Dios tu Padre, ¿es posible que no acuda tu sangre sobre tu frente?

Y si no ardes de tanto celo ante la vista de las injurias que se hacen contra el Altísimo, es señal de que todavía no has aprendido a decir de corazón: “Santificado sea tu nombre”.

4. Los padres de familia numerosa tienen entre los demás a algunos hijos más amados, quienes para contentar en todo a sus padres son admirables. Los padres espirituales o patriarcas de las ilustres sociedades religiosas tienen también entre sus hijos algunos que se distinguen por sus virtudes, quienes para ser más dispuestos a cualquier orden se entregan como un cuerpo muerto a los pies del propio superior y padre. Los mismos soberanos tienen entre sus muchos soldados un número elegido de generosos que constituyen la llamada legión fulminante, o bien los batallones de la muerte, porque por la gloria y la salvación del monarca, están tan dispuestos a vivir como resignados a morir.

Pues bien, para poder tú decir: “Santificado sea tu nombre” con afecto de hijo amante, tienes que imitarles.

El supremo capitán que guía en la tierra el ejército de los valerosos es el Pontífice, quien imita la fortaleza del león. Le siguen los obispos invictos, que muestran en la lucha un pecho de bronce. Acompañan los sacerdotes de celo y doctrina, maestros y doctores, que saben lo que hay que hacer para llegar al Cielo y lo señalan a los demás. Hay además, una muchedumbre

de valientes que viven en el mundo pero que no participan de las máximas y de los placeres del mundo.

Son tales todos los cristianos sabios, quienes tanto con la palabra como con el ejemplo saben incluso seguir el ejemplo de Juan al decir a los mismos poderosos soberbios y a los inicuos escandalosos: “¡No está permitido hacer eso, no está permitido hacer eso!”.

Ahí estás alineado ante el ejército de los fuertes, que combaten ante tus ojos por el honor de Dios Padre. ¿A qué esperas? Recuerda que la hora del combate ha sonado ya y que la campaña de la trompa bélica suena con fragor. Por lo que a ti respecta, si quieres ser hijo amado, soldado valeroso, pide autorización para alistarte entre los hermanos del campo de batalla. Si no te apresuras, la corona del premio que desde ahora está preparada para ti, se dará a otros.

## *Reflexiones*

1. Tú, que te encuentras en este mundo en el campo del Padre celestial, ¿cómo trabajas?
2. Si quieres agradecer mucho, esfuerzate con el único fin de agradecer a Dios.
3. Con esta condición, el Señor se valdrá de ti para obras de mucha gloria.
4. Por lo cual, lo mejor que puedes hacer es abandonarte en los brazos de Dios Padre para cumplir hasta la muerte todos sus deseos.

## **Venga a nosotros tu Reino**

1. Para comprender con qué afecto has de decir: “¡Venga a nosotros tu Reino!”, considera aquí que el Reino de Dios Padre es vastísimo. En el Cielo, el Reino de Dios Padre es el Paraíso de los Santos; en la tierra, el Reino de Dios Padre es la gracia de Dios en el corazón del cristiano justo.

Lo es también la misma gracia del Señor que está en el corazón de la Iglesia que juntamente con su jefe dirige a los miembros que son los fieles extendidos por todo el mundo. Como tú mismo adviertes, puedes tú mismo, apenas lo quieras, ser partícipe de ese Reino de Dios Padre. Fíjate en ese gran Reino para poder decirte a poseerlo a toda costa.

2. El Reino del Padre es por tanto, el Cielo. Como tú eres hijo de Dios, tienes ante tus ojos el Paraíso que te espera. Obsérvalo en buena hora con enorme júbilo. El Reino de Dios Padre es vastísimo porque está hecho para todos los hijos de Dios; es Reino riquísimo porque en él hay gloria y gozo para todos; es Reino ordenado porque, según los méritos, se concede el lugar de honor y de retribución. En ese Reino no existe amenaza de hambre ni de sed, ni de dolor alguno, pues reside en él un tran-

quilo descansan. Las obras buenas, que han sido realizadas aquí, hacen ya feliz la estancia de los bienaventurados. Y en lo alto, sobre su esplendísimo trono, se sienta Dios Padre.

El Señor descubierta a lo lejos en la cueva de Horeb, inundaba el corazón de Moisés de tanto gozo que durante varias semanas ni siquiera sintió necesidad de restaurar el estómago con algún alimento. El Señor, visto en parte por los Apóstoles durante la transfiguración, les produjo tal alegría que exclamaron: “¡Qué bueno es que nos quedemos aquí!”, y no hubieran querido marchar de allí. Pablo vio también el rostro del Señor en visión, y tal gozo le causó que, acabado el éxtasis y viéndose todavía en la tierra, suspiró como un desolado.

Piensa ahora que tú mismo en el cielo estarás con Dios y lo verás cara a cara. Al ver al Señor, te alegrarás en constante éxtasis de celestial gozo. Dirigirás la mirada sonriente a María, y al ver a tu Madre con corona de Reina, se reducirá tu alegría. Dirigirás la mirada atónita a derecha y a izquierda, y encontrarás con el rostro feliz de los Ángeles y con el jubiloso aspecto de los Santos seguirás exclamando: “¡Cuán dulces son tus Tabernáculos, Señor! ¡Estoy aquí y permaneceré por siempre; soy feliz y lo seré eternamente!”.

¿Te agrada el Reino del Padre? Si te agrada, inmediatamente despliega al menos la mitad de la atención que otros despliegan para conseguir un reino terreno, y el reino del Cielo será para ti.

3. Por otra parte, el recibimiento que Dios ha de hacerte en el Cielo estará en proporción al que tú le hayas hecho en esta tierra. Lo que el Señor desea inmensamente es tu corazón. Para

entrar en la casa de tu corazón ha bajado del Cielo a la tierra y se manifestó vestido con carnes humanas en Belén, en Nazaret y en Jerusalén, apresurándose siempre en viajes sudorosos, hasta que, no encontrándote, subió hasta el Calvario. Allí arriba gimió con suspiros de agonía para llamarte, y para manifestar su gran amor, abrió su sagrado costado y te enseñó su Divino Corazón.

Cuando tú de rodillas a sus pies gritaste: “Entra, Señor, que la casa de mi corazón es tu casa”, entonces vino el Señor y se sentó gozosamente a la mesa contigo. Tú le entregaste el corazón y Jesús enriqueció ese corazón y parece que hizo contigo lo que ya hizo con María Santísima. El Señor enriqueció de inmensa virtud el corazón de la Virgen para que fuera digna habitación de Dios: el Señor mismo enriquece tu corazón con múltiples dones para que te conviertas en habitación elegida por el Señor. Tú veneras una iglesia porque es la morada del Señor, y otros veneran el corazón del justo porque es templo de Dios.

Te postras ante el santo Tabernáculo porque es el trono del Altísimo en la tierra, y otros se inclinan ante la presencia de un cristiano santo porque en su corazón se sienta Dios en trono de misericordia y de gracia... De ahí que lo que debes hacer es alegrarte.

En tu alegría, debes mirar a tu pobre corazón para ver si ha penetrado por allí la fealdad de cualquier pecador, o bien el polvo maligno de una mala inclinación. Ignacio se fijaba en cada hora del día con especial atención, y como él, todos cuantos desean limpiar la casa del pobre corazón no dejan pasar un día sin examinar diligentemente esa habitación. Si encuentran

una suciedad, lloran de dolor y con ese llanto limpian su corazon.

#### 4. Otro reino del Padre es el de la Iglesia de Jesucristo.

En el cielo, el Padre, el Hijo y el Espiritu Santo se reunieron como en consejo y dijeron: “Tengamos en la tierra con los hombres mucha misericordia mientras vivan!”. Y el Señor erigió el reino de la Iglesia. Este reino es como el arca de Noé, que ofrece la posibilidad de salvarse en medio del diluvio de los vicios. La Iglesia de Jesucristo es como una gran ciudad capital, que puesta sobre un monte, se ve desde todas las partes del mundo.

Figúrate, pues, un monte de oro purísimo y que manen numerosas fuentes cristalinas de él. Imagina ahora que las gentes, acercándose, beban, y que saciando la sed en aquellas fuentes, los sanos aumenten su energía, los enfermos recuperen la deseada salud y los mismos muertos al tocar aquellas aguas resurjan a una vida nueva. ¿Qué dirías de semejante lugar y de sus prodigios? Pues bien, ese monte es figura de Cristo, esas fuentes son la gracia de los Sacramentos que mana del costado abierto del Divino Redentor. Los pueblos aquellos son los cristianos bienaventurados que gozan en el reino de Dios Padre. Una luz divina lo circunda, y es la Fe que abre de par en par ante sus ojos las puertas del Paraíso. Los anima la Esperanza, que los conforta como ángel consolador. La Caridad de Jesucristo los une con Dios, por lo que exclaman como si fueran bienaventurados: “¿Qué hermoso es ver a los hermanos unidos, como un solo corazón y una única mente!”.

Mientras tanto, de todas las partes de la tierra se apresuran los hombres hacia ese reino del Padre. Cuando entran, su alegría es tan grande que, no pudiendo con afecto sensible abrazarse con el Padre celestial, llegan como enjambres ante el padre terreno, el Pontífice, que hace en la tierra las veces del Señor. Has visto con tus ojos, y varias veces en pocos años, que los Obispos del mundo católico han venido a Roma para saludar al Pontífice con estas palabras: “Tú eres nuestro Padre”.

¿No has visto pueblos enteros inclinarse y alegrarse al paso del Padre común de los fieles? Deduce de ahí la alegría que hay en los hijos y la alegría que se siente en el reino de tu Padre. Alégrate tú mismo inmensamente, y al demostrar a todos tu satisfacción, anima a todos a que te imiten.

5. Así fue Francisco Javier. Se dijo a sí mismo: “Quiero que se manifieste en mí la felicidad que hay al encontrarse en el reino del Padre”.

Fue a los pies del Pontífice y habló así. “Quiero dar la vuelta al mundo y quiero que todos entren en el reino del Padre, pues es inmensa la felicidad que hay en él”. Y partió. Y como quien otra cosa no ve sino la gloria del Padre y la salvación de los hermanos, no retrocedió un solo paso para saludar a la patria y a la familia. Se apresuró rápidamente como un querubín de amor, y así, en solo diez años, recorrió tantos caminos cuantos bastarían para dar cinco veces la vuelta a la tierra. Hizo que entraran doscientos mil con la señal amorosa de su diestra y llamó a dos millones más con el amor de su voz. Y exclamaba como Igancio y Teresa: “Salvar un alma es una alegría tan grande que sólo

por eso soportaría la agonía de muchos siglos de tormento... ¡Ah! ¿Por qué no podré cruzarme en la puerta del infierno e impedir que una sola alma caiga aún en ese lugar en el que no se ama sino que se odia eternamente a Dios y su reino?"

Este es el ardiente deseo de un hijo bueno: desear que todos los hermanos entren en la casa paterna para disfrutar del gozo de las conversaciones del Padre. ¿Qué has hecho tú hasta ahora para conducir al reino del Padre a tantos inicuos pecadores y súbditos rebeldes?

6. Dirás que tú no eres apóstol ni misionero de almas.

Pero ¿qué dices? ¿No recuerdas ya que el precepto de Dios: "El Señor ordenó a cada uno que se salvara con los demás" es un precepto universal? Comienza tú por desechar de tu corazón el pecado, para que al decir "¡Venga a nosotros tu reino!", pueda descender sobre ti la bendición del Padre.

Aleja a Satanás de tu corazón, porque si te obstinaras en recibirle y luego dijeras: "¡Venga a nosotros tu reino!", el Altísimo se vería obligado a reinar sobre ti con el rayo de sus castigos. Aleja, por tanto, a Satanás de tu corazón. Dios vendrá para tomar posesión de ti, y cuando El esté contigo, todo lo podrás para ti y podrás hacer todo el bien para los demás.

Dos pobres niñas cristianas de Lión desearon salvar las almas de los niños chinos, y estando unidas al Señor, lograron instituir en el mundo una obra de salvación, que obtiene el bautismo de la vida todos los años a cien mil niños abandonados... María Tajei, viudita desolada de Roma, desoó que la ciudad

capital del mundo y de Italia, hija predilecta de la Iglesia, se salvara de graves flagelos, y lo consiguió fácilmente.

Recuerda que una oración por ti un buen consejo para los demás es como una semilla. Esta comienza a brotar, se desarrolla y se manifiesta en un hilo de hierba, crece y se hace tallo y luego se convierte en árbol que extiende sus majestuosas ramas. Según va creciendo, hace que desaparezcan las malas hierbas en torno a sí y así se queda como único señor del terreno que le circunda. La semilla de una buena lectura apagó en el corazón de Ignacio y de Juan Colombi las malas hierbas de las pasiones y arrancó sus raíces, lo mismo que hizo la corrección en el corazón de Andrés Corsini.

Aquella bendita semilla creció en una planta del Paraíso de la santidad que aún hoy derrama frutos de dicha para toda la tierra.

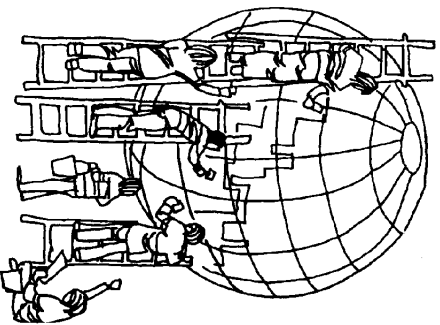
Si es verdad que tú mismo al rezar puedes conseguir que se salven muchos en el reino del padre, suplica con vivo afecto: "¡Venga a nosotros tu reino!", y al decirlo, que tu corazón se alegre en un mar de felicidad, tal cual admiraste hasta aquí.

## *Reflexiones*

1. El reino del Padre celestial se extiende desde el Paraíso hasta la tierra.
2. El Paraíso de los bienaventurados es el reino de tu Padre.
3. También el corazón de los justos es su reino.



4. Y en el mundo, la Iglesia de Jesucristo es también reino del Padre común.
5. Alégrate, por tanto, y llama a esa alegría tuya a todos los hermanos del mundo.
6. Podrás reunir a muchos hermanos en el Reino del Padre orando de corazón: “¡Venga a nosotros tu reino, Señor!”.



## Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo

---

1. Imagina que el Sumo Pontífice o un célebre personaje por doctrina o santidad venga personalmente a rogarte que cumplas una orden particular. Tú seguramente te sentirías feliz de cumplir órdenes semejantes, porque estás segurísimo que las órdenes que te den tales personajes son rectas en sí mismas y ventajosas para ti y para los demás. Estás seguro de que honras a quien te las ha ordenado.

Aviva ahora tu fe. Ten por seguro que cuando cumples las órdenes del Cielo no cumples los deseos de un simple hombre sino los deseos del Altísimo. Y tú sabes que lo que Dios quiere redundará en bien de tu alma y de todos tus hermanos, y todo es honor de su gloria. Con qué afecto rezarás, pues: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”.

Imagina ahora a tres hijos de un mismo padre que cumplan los mismos deseos del padre. Te fijas en el primero y descubres que únicamente obedece para que no le castigue; te fijas en el segundo y descubres que únicamente obedece para recibir un

premio, y el tercero obedece por el ardiente deseo que tiene en agradar en todo al padre amado y de consolarle.

Quien mejor se comporta es ciertamente el último. Y de los tres ¿a quién imitas tú al cumplir el querer de Dios?

2. Más aún, advierte aquí que un mismo hijo amado puede obedecer de dos maneras diferentes. Un hijo obedece al padre para complacerle y no piensa en nada más. El otro hijo obedece igualmente para satisfacer al corazón de su padre y al mismo tiempo considera las órdenes recibidas, las admira y hace que las admiren; y luego, en la medida en que puede, estudia las sentencias del padre y penetra dentro de los afectos de su ánimo, pues quería el hijo bueno pensar como el padre, hablar como el padre y desear también lo que el padre amado desea. Reflexiona ahora que si tú amas así a Dios eres un hijo amado y tienes en ello un motivo para alegrarte vivamente.

Estaba Jesús en casa de Zebedeo cuando enviaron a decirle: “Fuera te esperan tu madre y tus hermanos”. Y Jesús les respondió: “Mi madre es quien hace la voluntad de mi Padre; mis hermanos son los que cumplen los deseos del Eterno”. Si oyeras en este momento la noticia que se ha descubierto que eres pariente del Pontífice y que tendrás por ello un motivo de su especial afecto, ¿no te alegrarías? Pues bien, Jesús te repite: “Los que cumplen la voluntad del Altísimo, esos son hijos de Dios, verdaderos hermanos del Divino Salvador; sus almas son verdaderas esposas del Espíritu Santo, y así es verdad que los que cumplen la voluntad de Dios están unidos familiarmente con la misma Trinidad Augustísima. De ahí que el Apóstol Pablo, diri-

giéndose a los fieles, los llamara: “gente santa, pueblo de adquisición, hijos del Altísimo y como otros tantos dioses ellos mismos”, pues pensando como piensa Dios y queriendo lo que Dios quiere se hacen uno solo con Dios mismo. En este sentido exclamaba atónito para sí el Apóstol de las gentes: “Vivo yo, pero no soy yo quien vive; es Cristo quien vive en mí”.

Ahora comprenderás la altura de las palabras de Jesús cuando oró así en la última Cena: “Haz, Padre, que todos mis discípulos sean un solo corazón y una sola alma; haz que se amen como yo los amo y ellos me aman a mí”. Como tú mismo ves en estas palabras y en esta doctrina está la cima de la santidad del cristiano.

No podrás alcanzar mayor perfección que esta de comprender y querer únicamente lo que el Señor entiende y quiere.

Aquí tienes una regla de oro. Tú, que hace tiempo vas pidiendo consejos para santificarte, ruega para poder cumplir en todo la divina voluntad, pues eso es suficiente para hacerte gran santo.

3. Y si puedes hacerte santo, ¡qué gloria para Dios, qué triunfo para Jesucristo, qué consuelo para ti mismo!

Y la gloria que se deriva para el Eterno resulta ser un altísimo honor. Un sencillo artífice que consigue que salga de sus manos una obra excelente, o bien la obra de su ingenio, se alegra no poco. Cuando Miguel Ángel concluyó la estatua de su Moisés y la descubrió tan hermosa, dio un martillazo en la rodilla de la estatua extasiado de alegría y dijo: “¡Hablar”.

Yo pienso que tu Creador y Dios, dirigiendo su mirada hacia ti y viéndote criatura perfecta, se alegra mucho dentro de sí, y no bastándole eso, llama a todo el Paraíso a alegrarse de ello. Un padre de la tierra, cuando un hijo se ordena sacerdote o recibe el honor de algún mérito insigne, llama a todos sus hijos y alegrarse por ello, llama a los hermanos, llama a los parientes y amigos porque es enorme la alegría que siente. Todo el Paraíso, por tanto, está de fiesta mientras tú cumples fielmente la divina voluntad.

¿Y qué es lo que debes hacer tú? Mientras dices: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”, debes desear tener un corazón de querubín para comprender y querer únicamente lo que Dios entiende y quiere.

4. Si amas y obedeces, alegras también el Santísimo Corazón del Redentor. Jesucristo tu hermano mayor, ama por esencia al Padre, y obedece perfectamente, porque con el fin de cumplir la voluntad del Padre bajó del Cielo a la tierra y no evitó ni la mínima agonía del huerto o los mayores tormentos de la cruz. Tanto soportó Jesús, tu hermano mayor, para buscarte a ti y llevarte al Padre. Jesucristo soporta en el altar del Santísimo Sacramento místicamente la agonía del huerto y de la cruz, y espera que tú, compadecido de Él, te apresures a ir a sus brazos y le entregues tu corazón. El corazón del cristiano satisface al de Cristo, el corazón del buen hijo contenta totalmente al padre. ¡Ah, cuando Jesús se inmola como víctima del Altísimo, si juntamente con su corazón puede ofrecerte el de sus hermanos, siente dentro de sí el gozo que siente un hijo primogénito cuando, tras graves sufrimientos, conduce alegremente al padre a los

hermanos menores que, escuchando las insinuaciones de los tristes, habían huido muy lejos!

5. Finalmente, al obedecer al Señor te procuras a ti mismo la mayor felicidad posible que puedes encontrar en esta tierra.

Está escrito que obedecer a Dios es como reinar. Un soberano se encuentra feliz en su trono porque se ve rodeado de todos sus bienes; está tranquilo porque tiene sometidos a sus súbditos y le temen sus enemigos; se siente glorioso porque todos lo aplauden. Tú eres ese rey. Si obedeces a Dios, hasta las pasiones, que son tus dependientes, te obedecerán perfectamente. Contigo será como con Adán y Eva, que obedecían al Señor en el Paraíso terrestre. Como eran fieles a Dios, a su vez encontraban obedientes a sus gestos a los mismos cuadrúpedos de la tierra, a los pájaros del aire y a los peces de las aguas. Tú mismo, pues, serás potente rey: tus enemigos, los demonios del infierno, no desearán ya asaltarte, con lo que todos los pueblos de la tierra te aplaudirán cual vencedor. A su vez, los santos del Cielo se alegrarán.

¡Qué consuelo! Tú obedeces a Dios y por eso todos te obedecen a ti y con esto estás a salvo. En el juicio final, cuando muchos teman, sólo tú no temerás, porque al obedecer has seguido la voluntad del Altísimo. Por lo que tú, no debes desear sino que el Señor te haga entender claramente sus deseos.

Hubo un tiempo en que el Señor se aparecía visiblemente a los patriarcas, a los profetas y a los conductores de su amado pueblo. Acontecía raramente; pero, cuando una vez a lo largo de un siglo el Señor hablaba, la voz de Dios colmaba de admira-

ción al pueblo entero. Contigo el Señor obra de manera distinta. Dios te hace entender con continuas inspiraciones al corazón su palabra: te habla iluminando tu mente en casa y fuera, en el campo y en la iglesia, estando solo o conversando con otros.

Y si el discurso del corazón te deja, no obstante, alguna duda en la mente, no tienes más que dar un paso para encontrar a un profeta que te lo explique o a un ángel que te guíe.

El profeta y el ángel es para ti el superior legítimo que te dirige. El Señor, para no dejarte angustiado, ha hablado claramente: "¡quien escucha al superior escucha a Dios mismo!".

Tú tienes al Pontífice, quien te guía; tienes al obispo, que te ilumina; tienes al director de tu alma, quien dirige tus pasos; tienes un padre y una madre que te señalan paso a paso el camino. ¡Alaba y bendice al Señor por haber enviado para confortarte a hombres angelicales que te guían!

6. Como reconocimiento a Dios, obedece a los superiores como hijo amado. Tus superiores deben soportar muchos sufrimientos y fatigas y ser solícitos para dirigirte. Si tú los sigues al menos con fidelidad, te lo agradecerán y darás gracias por eso al Señor.

Tu mismo corazón mostrará su alegría, porque un hijo amado está contento cuando sabe que agrada a los suyos. Los cristianos afectuosos, con sólo sentir que una cosa agrada al Señor, se alegran. ¡Quiera el Cielo que aprendas tú a alegrarte sólo en el cumplimiento afectuoso de la voluntad del Altísimo!

## *Reflexiones*

1. Eres hijo de Dios: debes obedecerle como hijo amado.
2. Entre tanto, procura pensar y querer sólo lo que se propone y quiere Dios.
3. El padre Eterno tendrá gloria en ello.
4. También el Hijo Eterno se alegrará.
5. Tú mismo sentirás satisfacción y seguridad.
6. Lo que mejor puedes hacer es obedecer hasta el final.

# Danos hoy

## nuestro pan de cada día

1. Dijo el Señor un día a Salomón: “Pide, pues, y el favor que me pidas te será concedido”. Y el sabio monarca respondió: “Siendo así, os pediré sabiduría para conocer su Majestad y para distinguir los caminos del cielo”. Y Dios se sintió muy satisfecho con aquella petición, por lo que añadió: “Por haberme pedido la sabiduría y no los bienes terrenos, te iluminaré más que a hombre alguno y te concederé por añadidura más que a nadie riquezas, oro y esplendor de gloria”.

Tu Señor Jesucristo vino a decirte: “¡Vamos al Padre!”. Y enseguida le has respondido: “Vamos, vamos, porque el Padre celestial es Altísimo”. “Vamos, repetiste, y todos los hermanos del mundo nos sigan, pues es justo que todos glorifiquen al Padre celestial y cumplan fielmente su santa voluntad”. ¿Qué no dará Dios ahora por ti? Créelo firmemente.

Es suficiente que tú lo quieras, y luego Dios te inundará de gloria y sabiduría el alma, y al mismo tiempo te dará lo necesario para el cuerpo. La señal de que Dios no te fallará es que Jesucristo mismo te ha enseñado a rezar: “Padre, el pan nuestro de

cada día dánoslo hoy”. Necesitas pan para el alma y pan para el cuerpo. Escucha bien: ya verás qué abundante mesa te prepara también para el cuerpo.

2. En cuanto al alma, la mesa que te prepara el Señor es la de toda clase de oraciones y de todo género de santas obras.

El alma se alimenta de santas inspiraciones y de piadosos afectos, los cuales, a la manera de las alas en el pájaro, levantan el corazón de la tierra para elevarlo hasta el cielo.

Alimento del alma son las oraciones vocales, las oraciones de la mente, que ofrecen alimento oportuno como el que el ángel hizo llegar por medio del profeta a Daniel cuando se encontraba en el lago de los leones.

Alimento del alma son la lectura de las Sagradas Escrituras, escuchar los sagrados sermones y recordar las saludables advertencias, pues todo eso hace bien, igual que la voz del ángel llamó a Lot fuera del peligro que amenazaba a Sodoma y Gomorra. Y luego corregir a quien se desmanda, aconsejar a quien duda, ayudar a quien se encuentra en cualquier necesidad del alma o del cuerpo, eso también es un saludable alimento, como los panes prodigiosos que comió Elías, y que le dieron fuerza para subir durante cuarenta días hasta la cima del monte. Muchas veces, una obra de celo es como los cinco panes y los dos peces del monte a los que el Señor bendijo y que bastaron para una muchedumbre de varios miles de hermanos. Quien mira hacia el cielo, quien suspira por el Paraíso, quien realiza cualquier acto de paciencia y de virtud cristiana da al alma un

alimento riquísimo, que algunas veces restaura las mismas fuerzas corporales.

Raimundo de Capua escribe de Santa Catalina que con frecuencia la virgen parecía que se moría, pero si después podía realizar una obra de celo enseguida florecía su rostro y adquiría nuevo vigor.

Pero ningún alimento es tan extraordinario como el que nos ofrece la mesa Eucarística. Aquí el cristiano se sienta a una mesa que es llamada por excelencia convite de los ángeles, pues lo que en ella se saborea es el pan de los fuertes, la bebida que restaura y el vino que hace germinar a las vírgenes. A esa gran mesa asiste con pompa la Iglesia, Esposa de Jesucristo, y asisten con gozo los *spiritus angelicales*.

Los fieles que se acercan a ella se embellecen con al vestidura de la gracia, reciben en el dedo del anillo de la divina amistad y, más afortunados que Juan, que apoyó su cabeza sobre el pecho de Jesús, exultan al decir: “¡El Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo nos guarde para la vida eterna!”, y al decirlo reciben las carnes del Verbo Encarnado, que son la prenda del gozo del Paraíso. Aquí el alma, fortalecida con el alimento celestial, sólo aspira a unirse a Dios en el Cielo al mismo tiempo que va suspirando: “¿Cuándo, Padre, te veré allá arriba? ¿Cuándo exultaré entre sus divinos abrazos?”

3. ¿Qué duda puede quedarte? El Señor, que alimenta de tal suerte tu alma ¿dudas que no tenga en cualquiera de tus necesidades un pan material para el cuerpo? Toda la tierra viene a ser como una succulenta mesa sobre la que se encuentran dispuestos

gran variedad de alimentos. Los frutos de la tierra, las aves del aire y los peces de las aguas brindan el necesario alimento para la vida, agradable al paladar. Además en las entrañas de la tierra se encuentran los metales para sostener o servir a tu mesa o la de tus hermanos, y en los abismos del mar se encuentran las perlas para adornarla. Con lo que tú, como otro Adán soberano en su paraíso terrestre, vuelves la mirada tanto a esta como a aquella parte de la mesa para gustar todos los dones del Señor. Ahí tienes la mesa para tu cuerpo.

Si quieres que esa mesa sea abundante para toda la vida y al mismo tiempo te produzca el tesoro del Paraíso, ten en cuenta lo que voy a decirte. La mesa es un altar. Tú sabes que del Altar salen dones para todos, pero especialmente sale el alimento que resulta poderoso para los más necesitados. Dispón, por tanto, que de tu convite salgan dones gratos a Dios como los de los pastores y los reyes magos, dones tan gratos como el óbolo de la viuda del templo.

La mesa es un altar. La víctima que se inmola en el Altar sale del campo y está todavía envuelta en sudor. Tú debes esforzarte como un siervo del Señor y como una víctima del holocausto debes estar dispuesto a vivir para Dios y a sufrir por El.

La mesa es un altar. En el altar del Señor se adora y se ora. Tú, adora primeramente al Señor, y después de haber comido de la mesa, suplicale para que siga enviándote sus bendiciones.

La mesa es un altar. Sobre el altar del Señor se ofrece el sacrificio de una víctima santa. Tú, al sentarte a esa mesa, ofrece al Señor la ofrenda de alguna mortificación especial. Recuerda que al ir a participar en esa mesa das al cuerpo una fuerza que

podría ser en detrimento de tu alma. Por eso, al alimentar el cuerpo, no dejes de temer; y en la misma cualidad de los alimentos, escoge preferentemente los que pueden ser menos excitantes en provocar tu carne contra el espíritu. Si recuerdas esto, Dios hará próspera tu casa.

Ama al Señor y El se preocupará de ti. Dios, que hacía caer el maná del Cielo en favor de los Hebreos, ¿crees que no hará crecer en tus campos el pan que debe sustentarte a tí, cristiano e hijo amado?

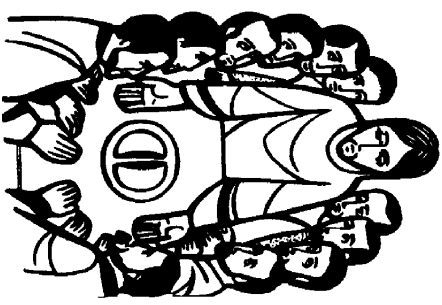
Créelo, créelo: el Señor que alimenta las aves del cielo y viste a los lirios del campo te alimentará y vestirá como conviene.

4. Y si por la divina misericordia has alimentado hasta ahora tu alma con la abundancia de los alimentos para cuidar tu cuerpo en años futuros, no por eso debes dejar de suplicar con estas palabras: “Danos hoy nuestro pan de cada día”, pues en tanto vivas necesitas que Dios conserve en ti la abundancia de su gracia y la acreciente. Mientras vivas, necesitas que el Señor bendiga las existencias de tu casa para que duren hasta el final de tu vida y tú necesites también abundancia para distribuirselos a los hermanos necesitados. Tus hermanos, los santos misioneros de China y Japón, te gritan con apostólico corazón: “Aquí, con una moneda se salva un alma”. Al decirlo, te señalan cien mil niños, a quienes ellos salvan con la moneda del pobre y con la tuya. Te señalan con desolado corazón otros cien mil niños infelices, que lanzados por madres sin entrañas a las aguas de los ríos o vendidos en las plazas del mercado, no pudieron ellos salvar porque

no les alcanzó la plata para el rescate. Sigue siendo generoso con tu socorro, y como esos héroes exclaman con apostólico corazón: “Aquí se compra un infante con una moneda”, así tú, con eco piadoso, hazles oír tu voz: “¡El afortunado cristiano que con una moneda puede salvar el alma de un hermano quiero serlo yo mismo mientras viva en este mundo!”.

## Reflexiones

1. Pide principalmente a Dios el pan del alma.
2. El Señor dispondrá para ti una abundantísima mesa.
3. Por añadidura, te prepara también una mesa abundante para tu cuerpo.
4. Por lo que tú has de suplicar hasta el final sin otra posibilidad: “¡Danos hoy nuestro pan de cada día!”.



# Perdona nuestras ofensas

1. En una familia las deudas despiertan constante preocupación. Grave disgusto es sentirse deudor hacia un semejante; pena mayor es sentirse deudor hacia un personaje respetabilísimo. Duele también tener deudas, aunque sean pequeñas, y hecho más doloroso es tenerlas graves. Tus deudas son los pecados veniales y mortales que sueles cometer. Es algo duro que seas deudor de tanto hacia el Señor, tú que con tanta injuria de deuda no eres capaz por ti mismo de satisfacer con un solo centimo. Fíjate, por tanto, en tus deudas. Hijo de padres caídos, has conseguido no obstante, en el Bautismo, el perdón de la gravísima deuda contratada a causa de la rebelión de tu padre Adán. Y luego, en lugar de ser por lo menos fiel para siempre, has acumulado una montaña de deudas, pues has amontonado una montaña de iniquidades contra Dios. Oda eso y asústate.

2. Apenas tú abriste los ojos de la fe y comenzaste a tener uso de razón, comenzaste como un mal muchacho a manifestar a Dios tus desacatos, descortesía y clara indiferencia. En el momento mismo en que te aplicaste a realizar algo para la gloria de Dios, te has sentido con ansias de aplicarte más aún en

favor de ti mismo; has sido injusto y ladrón al atribuirte la gloria de esas obras que tú realizaste, sí, pero porque el Señor te dio poder y querer para realizarlas.

Con un constante trabajo tenías que levantar en tu corazón una estatua de gran belleza y mérito, de suerte que los ángeles al verla pudieran decir que era semejante a la imagen del Altísimo. Con el ejercicio de las santas virtudes tenías que formar en tu corazón un cuadro de santidad semejante a Jesucristo, tu Padre y Maestro. Pero en tu ánimo esa estatua se ha quedado hasta ahora sin plasmación, y la tela es solo un esbozo. Y tú, que estabas obligado a perfeccionar en ti esas imágenes, ¿qué dirás ahora a tu Señor?

Dices: “He trabajado, y mientras me cansaba fui realizando un poco de bien y algún mal”. Y afirmas luego que, en cuanto al mal, como tus pecados son en general leves, nada tienes que temer. ¿Cómo dices eso?

Un estudiante o un obrero que no han hecho bien su trabajo, ¿no sentirán temor? Recuerda al hebreo apedreado por un manajo de leña; recuerda las irreverencias y el castigo de los cincuenta betsamitas; recuerda la pestilencia que provocó setenta y dos mil cadáveres entre los súbditos de David, y concluye, si tienes corazón, que un pecado leve es un mal sin importancia. ¿Y quién te asegura que en la balanza de la divina justicia la deuda que consideras leve sea sólo eso?

3. Pero tú debes temer mucho más por las deudas graves ya contratadas que ciertamente constituyen una enorme cuenta pendiente. Imagina que a un siervo se le ha dado un talento para



comerciar y a otro una viña para trabajar. ¿Qué dirías si el primero, en vez de comerciar, se hubiera gastado su capital? ¿Qué dirías del segundo si en vez de trabajar la viña ni siquiera la hubiera vigilado y hubiera dejado entrar toda clase de ladrones a robar y toda clase de animales a devastarla? Tú eres uno y otro de esos dos siervos. Fíjate en ese ocio y en ese libertinaje de la juventud; considera las injusticias y desmanes de la virilidad. Llámaste a Satanás para que devastara la viña de tu corazón; como un disipador pródigo llámaste a los sentidos del cuerpo y a las mismas facultades del alma para que gozaran como una sociedad de falsos amigos. Entonces, ¿con qué corazón podrás ahora presentarte a Dios?

4. Mientras todavía vives en esta tierra, trata de saldar tu cuenta, y haz como quien a toda costa quiere dar satisfacción por su pasividad. Quien desea pagar sus deudas restringe las necesidades de la casa, se contenta con un pan y un vestido y abandona completamente los bailes, las distracciones de la noche, el teatro o bien los lujuriosos convites. No puede ya oír hablar de aquellas pompas que lo han precipitado en el fondo del abismo. Y luego busca un trabajo y se dedica a él. Durante el trabajo no pierde un instante. ¿Y sabes qué hace para consolarse? Llorar. Ah, cuando se abre una vena de llanto en el corazón y aparece como cálida corriente por los ojos, entonces el pecho se siente más ligero, los ojos se aclaran y parece que desciende de arriba un rocío fecundante que hace producir en el campo de su corazón a razón de mil por una las semillas de las virtudes que ha esparcido.

¡Ah, hermano mío! Si quieres satisfacer las graves deudas que tienes con Dios, haz lo mismo. Recógete dentro de ti mismo. Aleja de la casa de tu corazón esos monstruos horribles de la soberbia, avaricia y lujuria que son los ladrones infernales que te han despojado tan gravemente. Dedícate luego a un trabajo constante, y ese pan duro con el que quieres contentarte para vivir, suavízalo con las lágrimas de tus ojos.

Esas lágrimas conmoverán a los Ángeles del Paraíso. Si las tuyas son como las lágrimas del siervo que llora por el mal que le viene encima por sus desórdenes, estás cerca de conseguir el perdón de tan graves deudas. Y si a esas lágrimas unes una gotita de las Lágrimas y de la Sangre que Jesús derramó en la Cruz, en este caso se te ha perdonado todo. Y si las tuyas son como las lágrimas del hijo apenado que se siente desolado por el disgusto enorme que ha dado a su padre, entonces el Padre celestial ha dispuesto ya perdonarte todos tus excesos y recíbrte nuevamente en casa, pues el Señor ama enseguida a quienes le aman. ¡Cuántas deudas no tenían Zaqueo, la adúltera y la Magdalena! Pero como ellos amaban y lloraban como niños, Jesús les decía a cada uno: “¡Vete, pues perdonados están tus pecados!”. Únicamente, guárdate de no comerlos más. Consuélate, por tanto, pues es auténtica verdad que Dios perdona.

5. El Señor se adelanta a pedirte tu amistad. No puede verte como un pecador fracasado por lo que te envía sus inspiraciones para que te sirvan de guía sus gracias para que te sean de apoyo en pagar las deudas. Más aún, envía a sus Ángeles a llamarte; te envía a hombres angelicales, al Pontífice y a sus ministros los sacerdotes, quienes con incesante voz te recuerdan y dicen:

“Dios perdona, Dios perdona. Si tus deudas fueran inmensas como el abismo del mar y tan enormes como la vorágine del precipicio, a pesar de ello puedes ajustar tus cuentas, porque el Señor perdona”. Decía el apóstol Pedro al Divino Salvador: “¿Cuántas veces tengo que perdonar sus culpas al pecador?... ¿Siete veces o setenta?”. Y Jesús le respondió: “¿Tu has de perdonar no sólo setenta veces, sino setenta veces siete, es decir, todas las veces que un pecador arrepentido pida perdón. Jesús mismo se comporta como buen Pastor; Jesús, como el padre del hijo pródigo, cuenta los días de tu alejamiento; Jesús mismo emprende el camino del Calvario y dice: “El Padre no puede estar sin su hijo!”.

Admira aún más el prodigio de bondad. Por tus numerosas deudas y por tantas penas que le has procurado, Jesús se contenta con recibir de ti una lágrima de arrepentimiento. Si esa lágrima brota de tus ojos, Jesús la recibe, la mezcla con su sangre y la ofrece al Altísimo diciendo: “Padre, perdonad; Padre, perdonad”. E impone a las criaturas del aire, del agua y de la tierra que se dejen de pedir el castigo para el delincuente, al tiempo que apaga en sí mismo los atributos de Justicia y Potencia, pues Dios, en su misericordia, ha establecido que en la tierra se tenga con el hombre gran piedad.

6. ¿Qué harás, por tanto? Que golpees tu pecho y que de tus ojos mane una lágrima verdadera. Si ofreces al Padre esta satisfacción, El te abraza en seguida, cubre con hermosos vestidos tus fealdades, te pone en el dedo el anillo de su gracia y al mismo tiempo te hace adquirir de nuevo el mérito de las buenas obras de la vida que habías perdido con tu iniquidad. Has entra-

do de nuevo en una amistad con Dios. Sé siempre fiel. Dios te recompensará dándote los primeros honores en el mérito de su gracia, los primeros gozos en la gloria de la retribución celestial.

Así vemos lo que el Señor hizo antes con Pedro y con la Magdalena, con Jerónimo y con Agustín. Si quieres que eso mismo acontezca contigo, aprende a decir de corazón: “Perdónanos, Padre, nuestras deudas”.

## Reflexiones

1. Las deudas son la espina más dolorosa del corazón.
2. Y tú tienes muchas deudas leves con Dios.
3. Y muchas otras graves.
4. ¡Cuánto debes sentirlo!
5. Pero si de verdad te duele, Dios te perdona.
6. Y luego te eleva a los primeros honores de tu amistad.



# Como nosotros perdonamos a los que nos ofenden

---

1. Tienes en estas palabras un prodigio de misericordia de tu Señor y Padre. El que es el Altísimo, desciende a pactos contigo, miserable criatura. Pacta contigo, vil pecador, y te dice: “Si tú perdonas a tus hermanos e hijos míos las injurias que te han hecho, yo te perdono a ti los ultrajes mayores que me has procurado”. Perdona, pues, y serás perdonado... No juzgues si no quieres ser juzgado tú mismo; y si te interesa que no te condenen, no condenes tú tampoco a nadie.

Cuando reflexionas en los juicios divinos, te vienen deseos de golpearte el pecho y gritar como Jerónimo, lleno de temor: “¡quién sabe si me salvaré! ¡quién sabe si me salvaré!”. Imagina ahora, para que el horror aumente, que te encuentras ya ante el divino tribunal; figúrate temblando frente al infierno y que en ese instante un ángel viene a decirte: “¡Estás al salvo si perdonas!”. ¡Con qué alegría te abrazarías a aquel celestial consolador! Pues bien, no se trata de un ángel sino del Rey de los Ángeles y de tu Divino Juez quien te anima con estas palabras; es Jesucristo en persona quien te ha enseñado a orar así: “¡Perdó-

nanos Padre, así como nosotros perdonamos!”. ¿Qué te indica esto sino que Dios quiere que todos se salven y especialmente que te salves tú?

Juan Gilberto, gran caballero, al recibir la noticia de que un enemigo había matado a su único hermano, ardió de dolor y desdén fortísimo y en un instante descubrió al homicida y se dispuso a matarlo. El desgraciado, juntando las manos gritó: “¡Perdóname si quieres que Dios te perdone!”. Juan escuchó aquel consejo y acercándose luego a una Iglesia preguntó a Dios: “¿Me perdonas, Padre?”. Vio entonces la imagen de Jesús Salvador que desprendía la mano derecha de la cruz y se la ofrecía, y al mismo tiempo oyó esta voz reconfortante: “¡Te perdono, hijo, te perdono!”.

2. Satanás, rabioso porque los cristianos pueden conseguir el perdón del Señor tan fácilmente, desencadenó desde el infierno una furia y comenzó a hacerla correr por el mundo.

Esta furia es la bestia satánica del respeto humano, que todavía hoy hace tanto mal a la cristiandad. Una llamada de rubor asalta a los fieles, un tóxico de hiel se apodera de sus corazones, mientras la voz de Satanás repite: “Perdonar es de cobardes; le conviene al mundo que cada cual sepa reaccionar”. Estas son las palabras infernales.

Pero en frente está la armoniosa persona de Jesús Salvador que inculca: “perdonen y serán perdonados”. Y frente a Satanás está Jesús que, muriendo en la cruz, ruega: “Padre, perdona a los que me crucifican, porque no saben lo que hacen”.

Frente a los que se vengan, ministros de Satanás, están los mansos, que son los hijos pacíficos del Padre. Estos exclaman: “No queremos perder, sino salvar a los hermanos que nos ofenden, y por eso los perdonamos de corazón”.

Esteban era conducido a la muerte por la conjura de malos compañeros y en especial de Saulo. Entonces el joven, estando ya bajo una lluvia de piedras, oró por su perseguidor más aguerrido.

Por tanto mérito de oración, Saulo se convirtió en Pablo; y Esteban, elevando los ojos hacia lo alto, vio los Cielos abiertos. Y allí tuvo clavada la mirada hasta que llegó allá. ¡Oh, feliz ese hombre a quien tan ampliamente se le abrieron las puertas del Cielo!... Y tú, al oír que perdonar es de cobardes, ¿sabrás ahora qué tienes que responder?

3. Carlos Borromeo, arzobispo y cardenal, mientras recitaba por la tarde el rosario, fue alcanzado por una bala de fusil que le había dirigido un apóstata y asesino. Carlos se salvó de milagro. Todos gritaban que fuera condenado el malvado, pero el arzobispo se apresuró a salir en su favor y hasta quiso que se sentara a su mesa. También el emperador César Augusto llamó a su convite al agresor que había tratado de matar a aquella imperial majestad. Y le dijo: “demostramos hoy los dos un ejemplo de virtud al pueblo romano; yo daré el buen ejemplo de generosidad al perdonarte, y tú darás el buen ejemplo del reconocimiento siendo siempre fiel”.

Sirvan estos ejemplos a confundirte si dices: “Yo perdono, pero no me vuelvan a hablar de ese”. Francisco de Sales dijo a

uno que le ultrajó gravemente: “Si me sacaras el ojo derecho, te miraría con el mismo afecto con el ojo izquierdo”.

De él se decía: “para ser más íntimo amigo del obispo conviene haberle hecho algo grave”. Era verdad, pues el santo a su vez replicaba: “Con los enemigos más aguerridos debe usarse dulzura más cordial, hasta ganármolos”.

Pues bien, ¿cómo se encuentran estas palabras y este comportamiento de los Santos en relación con tus palabras y comportamiento? Confúndete y asústate. Saprício decía, como tú: “¡Yo perdono a Nicéforo, que me ha ofendido, pero que no me hablen más de él!”. Sucedió que Saprício fue descubierto como cristiano y fue conducido al suplicio. En el camino se encontró con Nicéforo, quien le suplicó: “¡Santo mártir, ruega por mí y perdóname!”. No quiso Saprício devolverle el saludo, pero cuando llegó al lugar donde debía recibir la corona del martirio tuvo miedo y para no morir sacrificó a Satanás. Nicéforo no toleró aquel deshonor que se derivaba para Dios y la santa religión, e invocando la ayuda del Cielo comenzó a gritar: “Yo soy cristiano... Conducidme a los tormentos que a los adoradores de Jesucristo Crucificado se destinan”. Y Nicéforo fue escuchado, con lo que el mundo cristiano comprendió que el Señor perdona a los que perdonan y rechaza a los que no aceptan a sus propios hermanos.

También dices: “Perdono, pero la justicia humana ha de seguir su curso”. Ese modo de pensar es igualmente peligroso.

¿Quién te asegura que, mientras tratas de ser ejemplo para otros, no guardas en tu corazón un sentimiento que dé muerte a tu alma? Los jueces que debían condenar a Guillermo Tell le

hicieron como última gracia esta proposición: “Que tu único hijo se coloque a una cierta distancia con una manzana en la cabeza, y si tú consigues disparar y arrebatar de la cabeza del muchacho la manzana con un único disparo, se salvará tu hijo y tú con él; pero si yerras el disparo, morirás con él”. Aceptó Guillermo, y quiso la suerte que los dos se salvaran, aunque ¡con grave peligro! Imagina que ese sea tu peligro mientras dices: “¡Perdono, pero que la justicia siga su curso!”. Puede que tu perdón sea verdadero y puede que no lo sea; pero si tu perdón es fingido, estás perdido.

4. Dirás: “Entonces, para ir al cielo, ¿basta perdonar y nada más? Te respondo que tú perdones de corazón y luego abandones a Dios tu preocupación. Para salvarse también hay que observar toda la ley, pero el Señor iluminará tu mente para conocer y dará fuerza a tu ánimo para cumplir la voluntad del cielo, con lo que siempre será verdad que, si perdonas a tus hermanos, el Señor te perdonará a ti para que te salves definitivamente.

## *Reflexiones*

1. Dios Padre te inculca: “Perdona y serás perdonado”.
2. ¿Te parece que es mejor creer en Dios que creer en el mundo, que se gloria de que perdonar es de cobardes?
3. Por tanto, no trates de buscar pretextos.
4. Perdona y te salvarás definitivamente.

## **No nos dejes caer en la tentación.**

---

1. Tú eres hijo de Dios y soldado de Jesucristo. Recuérdalo con atención en el momento que oras así: “No nos dejes caer en la tentación”. Al suplicar con estas palabras, debes decir: “Soy un hijo del Padre y deseo un trabajo para aplicarme provechosamente en la casa paterna... Soy soldado de Jesucristo y quiero combatir por la gloria de su nombre... Si no sirvo para otra cosa, quiero al menos brindarme por amor a Dios... ¡Señor, mientras quiero realizar esto, sálvame de este peligro!”.

Pedro de Amiens, eremita, fue a los Santos Lugares de Palestina y de Jerusalén. Observó en aquella tierra, ya bañada por el sudor y la sangre de Jesús, que era maltratada por las profanaciones de los turcos. Vio en que aquellos benditos templos, que recuerdan los lugares del nacimiento, de la muerte y de la sepultura del Redentor, se cubrían de ultraje que los profanaban. Muy disgustado Pedro, y echando a correr seguidamente, volvió a Europa. Y tanto suspiró y gimió aquí, que el Pontífice y los obispos, los monarcas y los príncipes y los hombres de toda condición se reunieron en gran multitud en las llanuras de Cler-

mont, donde exclamaron. “Somos hijos de Dios, nos empeñaremos en su gloria: somos soldados de Jesucristo, iremos al combate por el honor de la casa del Señor”. Y unos abrazaron herramientas de trabajo mientras los demás lo hicieron con las armas del campo de batalla: los ancianos, niños y mujeres acompañaban con el estandarte de la oración y del piadoso afecto. Pertrechados así, los pueblos cristianos ofrecieron aquellas pruebas de amor que no se olvidarán jamás en la memoria de las posteriores generaciones. Recuerda uno a uno los esfuerzos de aquellos valerosos, recuerda la sangre derramada y decide entregar con la misma generosidad tu vida para agradar a Dios como hijo amado o como intrepido soldado, o bien como piadoso amante.

2. En este siglo, los hijos del mundo, por un poco de gloria, soportan durísimas fatigas. ¡Cuántas no soportaron los capitanes Felipe y Alejandro! ¡Cuántas Aníbal, Escipión y César! Y sin recurrir a los antiguos ejemplos, ¿qué no han visto tus propios ojos de Napoleón y de otros capitanes amantes de la gloria popular? Y la misma gente de tu pueblo, para conseguir un puñado de oro, ¡qué viajes soportan y cuántos peligros por tierra y por mar! ¿Y cuánto no se sufre también por un placer con frecuencia deshonesto? Los antiguos soldados se lanzaban como rayos por el deseo de un botín y no temían sembrar horrores por las ciudades y la miseria por los campos. Los soldados del presente siglo ni siquiera temen provocar la ruina de las almas y abrirles bajo los pies la vorágine del infierno. Los hijos de Dios y los soldados de Jesucristo combaten en este siglo también y nadan tal vez en un lago de sufrimientos; hasta podemos verlos lavándose empapados en su propia sangre.

Recuerda para tu consuelo aquí el ejemplo de los mártires del Señor, de los confesores y de las santas vírgenes, y verás que saben soportar sufrimientos aún mayores. Pero son siempre constantes, porque Dios está con ellos; están colmados de gozo en las mayores tribulaciones porque el Señor, con la potencia de su diestra, los ayuda.

Escucha y admira. Antonio, joven de veinte años, rico y glorioso, lo dejó todo para servir a Dios en el desierto. Entonces el mundo y Satanás se desencadenaron contra él. Especialmente el infierno, en las horas más oscuras de la noche, descargaba sobre Antonio una galerna de tentación diabólica. Los espíritus malos se le aparecían en forma de león y de oso, de jabalí y de serpiente; se le aparecían en forma de persona feísima al tiempo que provocaban un estruendo satánico con gritos, amenazas y terrores que es mejor imaginar que describir. Pero Antonio no apartaba la mirada de Dios, y una hermosa mañana se animó a decir: “Señor ¿dónde estabas durante el crudo combate de esta noche?”. Se oyó enseguida esta respuesta: “Estaba contigo, Antonio, y me alegraba verte tan constante”.

Lo que conforta profundamente a los cristianos que combaten es la visión del paraíso. Los mártires y los confesores dicen: “Los sufrimientos son un gozo y la muerte un triunfo, porque cuando nosotros trabajamos tenemos ante la mirada el Paraíso y cuando morimos nos apresuramos a ir a los brazos del Padre”. ¿No te parece, por tanto, que es mucho mejor ser hijo amante de Dios y soldado intrepido de Jesús?

3. Considera ahora el campo de Satanás y el de Jesús.

Satanás se sienta en un trono de fuego en la ciudad pecadora de Babilonia. Las armas que ofrece a los suyos para combatir son la soberbia, la avaricia y la lujuria. El arma de la soberbia es como el resplandor de un relámpago, que no puede cegar más que cuando un estúpido fija los ojos en él y los mantiene así, como el loco que no sabe apartar los ojos del sol de mediodía. El arma de la avaricia es como el barro de la calle pública, pero el transeúnte que no es un niño fácilmente puede superar la molestia del barro. El arma de la concupiscencia es un aire pútrido de la llanura, y es a veces como el imán del áspid que atonta, pero si te paras y alejas la mirada de la serpiente estás a salvo.

Luego Jesús te ofrece sus armas. Tu divino capitán tiene su reino en la ciudad de Jerusalén y su trono en el Calvario de la salvación de todos. Desde este reino y desde este trono distribuye a los suyos el arma de la humildad, el arma de la pobreza y el arma del sufrimiento.

Estas armas están templadas en el fuego del amor de Dios y están bañadas con la sangre de Jesucristo. Cada arma, bien manejada, vale para destruir toda la potencia del infierno y todos los asaltos del mundo.

¿Qué no consiguió para sí y para los suyos Francisco de Asís con el arma de la pobreza?... ¿Y Felipe Neri con la de las humillaciones?... ¿Y qué no hicieron Carlos y Francisco con el arma de los sufrimientos?... Los cristianos sabios consiguen con estas armas salvar a un pueblo de hermanos, como Jesús consiguió con esas mismas armas salvar el mundo de sus hijos. ¿Cómo usas tú estas armas y qué victorias has logrado hasta ahora?

4. Atiende a ti mismo, y para no trabajar sin consejo y no combatir a lo loco, ten en cuenta algunas reglas.

La primera es que no salgas al campo de combate, o no entres en el huerto de la contemplación amorosa antes de que Dios te llame. Por eso, haz todo el bien que te sea posible, hasta que Dios, viendo tu valor y comprobando tu buena voluntad, te asigne el puesto que más te conviene. Los cristianos más ferrosos de los primeros siglos y los mismos apóstoles desataban entrar en el campo del martirio sólo cuando los llamaban a ellos.

Otra cosa necesaria que hay que saber es ésta: la tierra que habitas es un campo de batalla, y mientras estés en ella tendrás que luchar con las tentaciones de la soberbia, con las pretensiones del interés y con los peligros de la carne. Estos enemigos son como los perros que ladran incluso cuando están atados y vencidos. Pues bien, sigue con las buenas obras y deja que aillen los leones rabiosos. Si tú no te acercas voluntariamente a dejarte morder, es imposible que te dañen, pues están bien atados por la mano del Omnipotente. Aprovecha de estos ladridos para reírte de los perros rabiosos, para burlarte de los soberbios leones. Aprovecha para pasar por encima de los mismos jabalíes embarrados y aprende a ser humilde, confiado en el Señor, y decir como el Apóstol: “Me gloriaré de mis propias debilidades, pues cuando me reconozco mezquino Dios me ayuda con su gracia”.

Con estos sentimientos en tu corazón, añade con gran afecto: “No nos dejes caer en la tentación”, y Dios te guardará de todo pecado.

1. Eres hijo y soldado, pues debes empeñarte en la viña del trabajo, en el campo de batalla o en el huerto del amor.
2. Dios te ofrece su abundante ayuda.
3. Y te entregará armas muy aptas para trabajar fructuosamente en todos los campos.
4. Sólo queda que seas obediente y te mantengas paciente hasta el final.

1. Imagínate ante los ojos el monte Tabor, escabroso de subir, peligroso por las numerosas asechanzas de los ladrones y fieras que se esconden entre los brezos, peligroso también por los senderos que pasan junto a los abismos que se ven allá en el fondo. El subir monte arriba es áspero, pero en la cima se encuentra la gloria de Jesús, quien transfigurado, desprende rayos de luz celestial. El esplendor de la transfiguración es la felicidad de los Apóstoles, quienes, en el éxtasis del gozo, exclaman: “¡Qué hermoso es quedarnos aquí!...!No quisiéramos irnos nunca jamás!”. Muchos suben al monte, pero sólo llegan con seguridad al vértice feliz los discípulos Pedro, Santiago y Juan, es decir, los que al subir siguen las huellas del Divino Salvador y se recomiendan a la fuerza salvadora de su divino brazo. Todos los demás se afanan en vano y hasta en propio daño, porque en medio del camino caen víctimas de un tigre sanginario o bien de un bárbaro salvaje. ¿Qué harás tú? Tú, al comenzar este viaje, recomiéndate a Jesucristo, estate unido a Él al subir y suplicale con toda el alma: “¡Líbranos del mal: mirame a mí de forma especial y conmigo a todos mis hermanos; que nadie sea víctima en ninguna trampa mortal!”.



2. Haz así y te aseguro que llegarás sano y salvo. Pero no ahorres esfuerzo para subir rápidamente. No pidas a Dios que te libre de todos las dificultades comunes a cuantos suben a través del viaje de la vida. Las incomodidades de hambre y sed, los rigores del frío, la pesadez del calor, ciertas indisposiciones del ánimo como son la melancolía y el aburrimiento, hasta ciertas indisposiciones del cuerpo como son las múltiples enfermedades que nos asaltan son disgustos que prueban todos los peregrinos del camino. ¿No recuerdas que el mismo Jesús, para darte ejemplo de paciencia, soportó gran cantidad de tormentos, que mil años antes lo vio el profeta en espíritu y lo describió como hombre de tormentos y cargado de dolores? En cuanto a ti, puedes muy bien rogar al Padre Celestial que te ayude. Y si los tormentos son más graves y universales, de contagio, de guerra, de terremotos, de inundaciones o de sequía, podrás también unirte a la Iglesia, Esposa de Jesucristo, que ella misma, acompañándote con afecto de madre, te conseguirá más fácilmente lo que a duras penas conseguirías tú. Pero al mismo tiempo que suplicas, debes decir a Dios: “Escúchame, si prevés que al escucharme consigo lo mejor para mi alma. En caso contrario, aumenta cuanto te agrade las aflicciones, y dame en ellas fuerza y paciencia, pues su auxilio vale por todo”.

Como ves, el mal, del que debes suplicar que se te libre a toda costa, es uno solo, el pecado. Juan Crisóstomo, obispo muy santo de Constantinopla, era muy odiado por la emperatriz Eudósia, quien para dar rienda suelta a su odio, hizo que Arcaadio lo condenara al destierro y por fin lo amenazó con la muerte. Pero Juan respondía: “¡No temo la cárcel ni el destierro, ni

siquiera la muerte; lo que realmente temo es eso que queréis que haga! ¡Ah, yo temo el pecado por que me enemista con Dios, temo el pecado porque me hace reo de muerte y merecedor del infierno!”. Ese es el gran mal de la tierra.

El gran desastre es el pecado, y para verte libre de él, no es mucho que repitas a todas las horas: “¡Libranos del mal!”.

3. Estate tranquilo que Dios te salvará. Tú has llegado hasta aquí diciendo al Padre Celestial: “Me alegro de que estés en lo alto del Cielo; me alegro de que todos te alaben; sí, y de que todos te obedezcan en la tierra como te adoran los Ángeles del Cielo. Danos a nosotros un pan para vivir y ¡Libranos de los peligros!”. Mientras discurre así, un león de soberbia te asalta de frente, y de lado una fiera de avaricia, y alrededor una serpiente de concupiscencia que se entrosa en torno a ti. Gritas enseñada: “¡Padre, ¡Libranos, ¡Libranos enseñada!”. ¿Será posible que el Señor no te recoja consigo? Un padre terreno, siempre malo si lo comparamos con el Celestial, no es posible que no se apresure ante los gritos de su hijo que exclama: “¡Padre, un perro rabioso me muerde!”. El Padre Celestial, infinitamente más piadoso, extenderá su diestra y con un gesto hará que se hundan tus enemigos.

4. Dirás que tú, al recitar el Padre nuestro, tratas de glorificar a Dios y suplicarle por todas tus necesidades, pero que aún desconfías porque todavía no te sientes capaz de entender y retener lo que en sí significan las palabras y el sentido de la petición. Dirás que aún menos entiendes cuando recitas la oración en len-

gua latina, que no es la lengua que hablan en tu pueblo. Bien yo puedo decirte que te quedes tranquilo. Imagina que esta tarde, llegando a tu ciudad el Sumo Pontífice, todos salgan a su encuentro para recibirlo triunfalmente. Todos los más ilustres personajes de la ciudad le dirigen saludos con las palabras de mucho sentido y bien sonantes, que tú ni entiendes. Pero concluidas las expresiones de alegría y obsequio de aquellos, tú mismo te alegras al alzar la mano derecha y manifestar tu algarabía.

Entonces el Pontífice levanta sus dos manos y con su paterno corazón bendice a todos y en particular a ti. Tú sabes que al recitar la oración dominical presentas al Eterno la súplica que dió su mismo Unigénito encarnado, Jesucristo. Sabes que al elevar esta petición al Altísimo se te unen en espíritu todos los fieles del mundo, es decir, la Iglesia del Divino Salvador. ¿Y todavía dudas...? Suplica, con santo afecto: Padre nuestro, y también Padre Nuestro, que el Padre celestial te bendecirá. Más aún si suplicas diciendo: Padre Nuestro... En vez de Padre nuestro, darás mayor gloria al Altísimo, pues le pides en el lenguaje sagrado de la Iglesia, Esposa de Jesucristo.

5. Por tanto, presentada tu súplica al Altísimo, queda con mayor efusión de afecto que concluyas: Amén, Amén. Esta palabra es sagrada y se usa en todas las lenguas del mundo. Es palabra que se tomó del discurso de la Jerusalén terrestre y es palabra que resuena perpetuamente también en la Jerusalén celestial. La palabra Amén tiene varios sentidos y equivale a decir: así sea — como Dios quiere — alabado sea el Señor.

Cuando el Divino Salvador recitaba con los Apóstoles la oración del Padre Nuestro concluía con la palabra Amén. Al concluir así aquella su oración divina, Jesús se ofrecía él mismo al Padre como poco después se inmoló en la mesa de la Santísima Eucaristía y en el altar de la Cruz. Tras el ejemplo del Divino Salvador, los cristianos, cuando se encontraban en peligro y especialmente en las agonías de la muerte, aprendieron a decir: amén y a conformarse en todo a la divina voluntad. Cuando San Cipriano fue condenado a la prisión respondió: ¡Amén! Y cuando le sentenciaron a muerte añadió: ¡Amén! Y al desnudarse el cuello para ofrecer la cabeza al golpe de la espada del verdugo, dijo por última vez: ¡Amén! ¡Amén! Un instante después, el espíritu del obispo mártir subía hacia las alturas y se unía al coro de los Santos y de los Ángeles para cantar: “¡Amén! ¡Amén!” en la gloria del Paraíso. Yes, pues, que allá arriba, el divino Salvador suplica por ti, y por ti suplican los santos y los mártires. Feliz tú si, imitiándolos, tú mismo aprendes a decir en la vida y en el momento de la muerte: ¡Amén! ¡Amén! Esta bendita palabra será suficiente para llevar tu alma de este lugar de tribulación al descanso de la felicidad eterna.

## Reflexiones

1. Para subir el monte de la Transfiguración que es el de la santidad en la tierra y de la gloria en el Cielo, debes apoyarte en la diestra de Jesús.

## Conclusión

---

2. Pero debes suplicarle que te libere del pecado, que es el gran desastre de la tierra.
3. Si constantemente le suplicas confiadamente, ciertamente serás escuchado.
4. Serás escuchado aunque no entiendas cada uno de los sentidos de las peticiones que haces.
5. Te apoyas en Dios con sólo decir ¡amén! De corazón, y si te ofreces al Altísimo al decirlo, te salvarás.

1. Has visto que el Hijo Unigénito de Dios ha venido a ti y en exceso de amor te ha invitado: “¡Vamos al Padre! ¡Vamos al Padre!”. Pero para llegar allí te hizo subir al monte Moria y te abrió las puertas para entrar en el mayor templo, la casa del Señor. Es lo que hizo el Divino Salvador al enseñarte el padre nuestro: *¿Y cómo subes ahora al monte de la santidad y permaneces en el templo de la perfección?... Te sucederá lo mismo que a quien escala un monte, o a quien entra a visitar un edificio de casa santa. Entre los que suben a un monte se encuentran algunos que parecen desganados y otros que caminan con paso más airoso. También se encuentran caminantes que al avanzar parece que tienen alas en los pies, y son los más admirables de todos. Entre quienes entran a visitar un gran templo, van algunos que no entienden casi nada, y al dar una mirada general se conforman con exclamar: “¡Bonito, grande, magnífico...!”* Algunos otros considerarán más minuciosamente y disfrutará más:

Y hay otros que se quedan admirados, y frente a las mayores celebridades de la pintura y la escultura se desvanecen de maravilla, como le sucedió a Lord Stan Hope, quien al ver la capilla

de los Medici en el templo mayor de la cristiandad cayó desvanecido.

Imagina ahora que estos tres diferentes hombres que suben el monte o que visitan el templo sean la imagen de las tres clases de cristianos que caminan hacia Dios o que entran a la casa del Padre recitando la oración del Padre nuestro. Algunos rezan sin ganas y distraídos, y son los incipientes; otros suplican con más facilidad y atención, y estos son los proficientes; los últimos en recitar el Padre nuestro lo hacen con la piedad de los Ángeles, y son los cristianos perfectos. ¿De quién formas tú parte? Te recuerdo que si eres incipiente, necesitas echar lejos de ti a los espíritus malos de los vicios capitales que todavía te entretienen; si eres proficiente, necesitas llamar junto a ti, como si de angelicales guías se tratara, a las virtudes teologales y a las morales para apresurarte con más vivo afecto; y si eres perfecto, te queda por pedir con ardiente corazón los dones del Espíritu Santo para llegar a Dios y unirte a El para no separarte nunca.

2. ¿Eres sólo incipiente...? Pues bien, recitando la oración dominical, ruega a Dios que aleje de tu corazón la maligna influencia de los vicios capitales, pésimos espíritus.

Esa soberbia, aunque leve, que permanece aún en ti es como la voz del león que al resonar en las inmediaciones hace temblar e impide que los caminantes prosigan velozmente su camino. Un movimiento escondido de soberbia te entretiene en tu veloz paso hacia Dios más de cuanto imagines. Pero si suplicas con ardiente corazón: “Me alegro, Padre, de que estés en el Cielo,

me alegro de que se te atribuya la gloria de todo”, con estas palabras aplastas dentro de ti esa cantidad monstruosa de soberbia y así te haces capaz de proseguir con fuerza mayor. El espíritu maligno de la avaricia te invita como un demonio: “Agáchate, que quiero pasar sobre tu cuello”. Las malignas insidias de tu espíritu te entretienen en la tierra como el pájaro que atado de un hilo no puede libremente cruzar el espacio puro de los aires. Tú suplica: “Que venga a mi corazón el reino de tu gracia!”. El espíritu de lujuria no deja de insinuarse en el corazón, y si lo escuchas, el enemigo malo te muerte cual serpiente para darte la muerte. Por eso tú suplica así: “Que se haga tu voluntad, Padre; que sólo te obedezcan a ti las facultades de mi alma y todos los sentidos de mi cuerpo”. El espíritu de la ira te atormenta cual perro rabioso, y tú debes en ese caso suplicar: “Padre, perdono a todos, perdóname tú a mí”. La gula es en ti como la avidez del cocodrilo que devora heno hasta reventar. La gula mata más hombres que la espada; el maligno espíritu de la sensualidad amenaza con hacer caer hasta los cristianos de buena voluntad, por lo que debes en seguida orar así: “Dame un pan para vivir, un vestido para cubrirme y hazed que me contente con esto”. Cuando el espíritu de la envidia amenaza como una bestia que trata de invadir la casa de tu alma y de echar a perder con todo lo bueno que hay en ti, suplica ansiosamente: “¡Libranos de todo mal, Padre!”. Y si, por último, el ocio, como el espíritu peor de todos, te duerne para matarte como lo hace la serpiente con el pajarrillo, grita enseguida: “¡Libranos del pecado, que es la muerte pésima que mata al alma”. Con estos pensamientos debes elevar a Dios la oración del Padre Nuestro. Si con ese afecto te diriges al Padre, Dios te ofrecerá su diestra para

que al ir hacia El no muevas sólo los pasos como los incipientes, sino como los proficientes, para hacer en poco tiempo buen trecho de camino.

3. En el camino de los proficientes, cuando oras: “Santificado sea tu nombre”, imagina que muchos ángeles te acompañan hacia él, como los ángeles condujeron a los pastores al portal de Jesús Salvador a través de la fe. Al recitar: “Vennga a nosotros tu reino”, el espíritu del Señor se dejará sentir en ti como se hizo sentir en los Patriarcas y los Profetas. Se hará más fuerte en ti la esperanza cristiana, que te confortará como confortó a los Hebreos en Egipto, quienes se salvaron por medio del Ángel de la muerte que alcanzó a todos los primogénitos egipcios. Al decir: “Hágase tu voluntad”, desea unirte estrechamente a dios y encontrarás un ángel que te lleve a lo alto como a Enoc y a Elías los llevó en un carro milagroso.

Necesitas que la prudencia dirija cual maestra tus pasos, y la consigues al decir: “danos, Padre, lo necesario para la vida del alma, y lo que vale para mantener el cuerpo”. Necesitas estar en paz con Dios, en paz con los hermanos y en paz contigo mismo, y eso lo consigues al rezar así: “Perdóname como yo perdono”. Con estas palabras la justicia, virtud moral que dirige tus acciones, se acerca como un recto juez para guiarte sin ofender a nadie. Y en este mundo, que es un gran campo de batalla, necesitas la fortaleza de Sansón. Y esto lo tienes cuando rezas estas palabras: “Libranos de los peligros de las tentaciones”. Finalmente, en el campo de guerra necesitas la templanza de Moisés y de Josué, tanto para no envilecerte en los momentos de mayor peligro como para no gloriarte excesivamente con el triunfo de

la victoria. La virtud de la templanza es para ti saber regularte, y esta excelente cualidad la consigues con estas palabras: “Libranos del mal”.

Al orar así, suplicas para que el Padre te libere tanto de las faltas graves cuanto de las leves, para que llegando a él seas, lo mejor posible, hijo amado.

4. Con la compañía de estas guías luminosas, para que puedas caminar con paso de gigante al monte santo de la perfección, necesitas todavía que te conforten los dones del Espíritu Santo. Por tanto, cuando oras: “Santificado sea tu nombre, Padre”, suplica que el santo temor de Dios esté siempre a tu lado como amoroso custodio para decirte: “Dios te ve, Dios te ve, obra todo el bien posible y guárdate de toda apariencia de pecado”. Cuando rezas: “Vennga tu reino”, suplica para que el don de la piedad le haga devoto y obsequioso con Dios. Igual que los ángeles, felices al cantar: “¡santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos!”. Cuando dices: “Hágase tu voluntad”, suplica para que el Señor te conceda la ciencia que te haga conocer la divina voluntad, como hace siempre con los justos. Cuando suplicas: “danos el pan del alma y el sostenimiento del cuerpo”, pide el don de la fortaleza y la tendrás, la misma con que Sansón venció a mil filisteos, para que puedas caminar como león seguro en medio de todas las fieras del desierto. Necesitas el don del consejo para distinguir entre muchos el sendero que más directamente te lleva a Dios. Y al perdonar a los demás te encuentras con el perdón de Dios. Por tanto, al decir: “Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros

deudores”, pide la ciencia para apresurarte más solícitamente a Dios y la conseguirás.

En el camino oscuro de esta vida necesitas también un intelecto para distinguir desde lejos el camino del cielo, lo que consigas al rezar: “¡Libranos de todo mal, Padre!”. Y para llegar hasta el Altísimo en el Cielo, necesitas la sabiduría. Con esta gracia insigne, que te pone ya delante del Señor, no debes cometer ningún mal, lo que consigues cuando rezas: “¡Libranos del mal!”.

5. ¿Qué te queda? Queda que al subir el monte de la perfección o al entrar en el templo de la santidad trates de apresurarte con las alas del águila o de la paloma que Dios te ha dado. Y al subir debes evitar dar un solo paso atrás, pues tanto en el paso de la oración ordinaria cuanto en el de la contemplación, quienes se enfrían en el fervor y comienzan a disgustar a Dios corren grave peligro. Al recitar la oración dominical debes hacer como quien sube a un monte. Mira siempre a la cima, y nunca atrás o a derecha o a izquierda. Debes imitar a los devotos quienes, al entrar en el templo, enseñuada fijan la mirada en el trono de Jesús en el Santísimo Sacramento y no se detienen más que a los pies de aquel Tabernáculo de amor. Y cuando se encuentran allí, se quedan con angelical recogimiento, pareciendo que para subir a los brazos del Padre en la gloria celestial sólo les queda por decir: “¡Amén, amén!, y que ya unen su alegría al gozo de los bienaventurados.

## Reflexiones

1. El Padre nuestro es como el monte de la perfección o como el templo de la santidad, y quien lo recita puede ser incipiente, o bien proficiente, o perfecto.
2. Si eres incipiente, pide al rezar que te veas libre de cualquier maligna influencia de los siete pecados capitales y lo conseguirás.
3. Si eres proficiente, pide, para poder apresurarte, que crezcan en ti las tres virtudes teológicas y que se perfeccionen en ti las cuatro virtudes morales.
4. Y si eres perfecto, queda que cuando ores invagues sobre ti los siete dones del Espíritu Santo.
5. Y al concluir diciendo: ¡Amén, amén!, gime como hijo amado que suspira por los brazos paternos.